



Precio: 2 ptas.

SELECCIÓN DE FRASES,
ARENGAS Y ALOCUCIO-
NES MILITARES EN DIFE-
RENTES ÉPOCAS DE LA
HISTORIA



LIBRERÍA DEL EJÉRCITO
SOUSA Y PEREDA
PLAZA DE FERMIN GALÁN, 1 (ÓPERA)
MADRID

ORATORIA MILITAR

El enardecer a las tropas para el combate, animarlas en momentos de vacilación o desmayo, instruir las antes de emprender una operación de guerra, felicitarlas por la victoria y aun contener sus ímpetus o reprender sus desmanes son, en reglas generales, los fines que el caudillo persigue al arreglar a sus fuerzas.

La elocuencia militar nace más del corazón que de la inteligencia, y así, su estilo debe ser breve; usando frase corta, pero impetuosa; lacónica, pero viva y animada.

Nuestro insigne Villamartín la definió así: "La oratoria militar ha de ser clara, vehemente; desde la primera palabra se debe conmover y no aspirar a convencer; hablar con cierto fatalismo, porque la multitud es siempre fatalista; ser más poeta que filósofo; sin lógica a veces y sin verdad, pero con metáforas brillantes, que hieran con fuerza a la imaginación, que despierte el orgullo, el amor propio, la sed de gloria, y todo esto con un estilo que nada tenga que tachar de los hombres de vasta instrucción, siendo a la vez claro, sencillo y com-

preñable para el rústico pastor que dejó el día antes el cayado por el fusil."

Esa es la elocuencia militar; expresión enérgica al par que sencilla de un concepto noble, resuelta en sobria frase.

El sentimiento religioso, el amor a la Patria y su bandera, el honor militar, la exaltación de gloria, la bravura y el espíritu de cuerpo son imágenes que hacen vibrar el alma de las colectividades armadas, excitando las honradas pasiones; apelar a ellas es ejercer la máxima influencia en el corazón del soldado.

En la antigüedad, el combate al arma blanca y lo reducido de los efectivos hacía indispensable la oratoria, y así, en medio del choque de las armas, en el estruendo del combate, la elocuencia militar dejaba oír su voz, lanzando los escuadrones a la carga, impulsando al ataque a cuchillo o a la toma de un reducto, reuniendo bajo su mágico influjo a fuerzas diseminadas y enardeciendo, en fin, el valor de la tropa en momentos de fuerte emoción, en aras de la victoria.

Las modernas contiendas, desarrollándose en extensísimos campos de batalla y con efectivos como los de los Ejércitos actuales, obligaron a sustituir las arengas y alocuciones guerreras por proclamas y órdenes generales de lenguaje claro y conciso y estilo sobrio, por medio de las cuales los jefes se comunican con las grandes unidades a sus órdenes.

Más nunca alcanzará la elocuencia militar en

forma escrita la eficacia de la oratoria, que cuenta con la voz, el gesto y el ademán, tres irresistibles factores para conmover las ideas y sentimientos, inyectando en los espíritus una pujanza insospechada.

Y así se ha visto en el transcurso de la historia que desde la formación de los primeros ejércitos todos los grandes capitanes hicieron uso y gala de su oratoria arengando a sus tropas en los momentos decisivos.

Culto de ella hicieron Grecia y Roma, y al enfrentarnos con la moderna historia vemos siempre al caudillo transmitiendo a sus soldados el valor de sus acciones y la energía de su carácter ante el peligro, con expresiones felices, breves como trallazos, rajantes y heroicas, que han quedado consagradas como frases memorables que, al ser modelos de oratoria militar, la historia ha legado como preciada reliquia a las modernas generaciones.

**SELECCIÓN DE FRASES, ARENGAS
Y ALOCUCIONES MILITARES EN DI-
FERENTES ÉPOCAS DE LA HISTORIA**

ESCIPIÓN "EL AFRICANO"

218 años a. de J. C.

"¡ Romanos, en este día, con el auspicio de los dioses, vencí en África a Aníbal y a los cartagineses! ¡ Subamos al Capitolio a dar gracias a los númenes y a rogarles que nos concedan siempre jefes que se me parezcan!"

JULIO CESAR

102 años a. de J. C.

Al dirigirse a España dice a sus huestes:
"¡ Vamos a combatir contra un ejército sin General; venceremos luego a un General sin ejército!"

ATAULFO

Arenga a sus soldados en Barcelona, al disponer la guerra contra los vándalos. Año 414.

Ni el parentesco con el Emperador Honorio, ni los halagos de la Reina Placidia, su hermana, me han obligado a dejar a Italia y traerlos a Francia y después a España, sino solamente vuestra mayor conveniencia; porque si bien pudiera mantener el Imperio de Roma vuestro valor, ni fuera con justo título ni sin continuas guerras para acabar de echar a Honorio de Italia y a su hermano Arcadio de Constantinopla, y aun entonces sería forzoso emplearos en debelar los tiranos de ambos Imperios y reducir a la obediencia las demás provincias, con perpetuas fatigas y peregrinaciones, en que podríais alcanzar muchas victorias, pero sin tener asiento fijo donde rehacer las fuerzas y sustituir con la procreación la gente que consumen la guerra y el tiempo. Por esto, nuestra gloriosa nación, después de muchos siglos de guerra y de muchos triunfos, no ha levantado un reino cierto. No habéis dejado las amadas patrias para vivir siempre cargados con las armas, sino para reposar en un Imperio y gozalle con paz y quietud, que es el principal fin de la guerra. Para la cual ningún Reino mejor que España, última de las tierras y la primera dellas en el temple de sus

climas, en la fertilidad de sus campos y en la riqueza de sus minerales. Bien lo conocieron los antiguos, pues no en Italia, sino en España constituyeron los Campos Elíseos. Aquí, Dios y los hombres favorecerán nuestras empresas, justificadas con la cesión que por vía de recompensa me ha hecho el Emperador mi cuñado, y con el derecho de la espada, porque siempre a la justicia de la guerra acompaña la felicidad de las victorias. Estas os facilitará mucho la desunión de las naciones que han entrado en España, divididas en diversos señoríos y aborrecidas de los españoles por sus tiranías y por la diversidad de sus costumbres y ritos; a las cuales habéis de vencer con el ardid y con la fuerza, y a los españoles con la razón, con la justicia, con la religión, con la amistad y con la cortesía: virtudes a que se rinde la altivez de sus ánimos. Ya no podéis volver a Italia, porque Honorio, más atento a los celos de su conservación que a las obligaciones del parentesco, nos ha cerrado los pasos de los Alpes para impedirnos la vuelta. Y cuando esta desconfianza y el apetito de dominar (poderoso en vuestros corazones) os obligue a mayor monarquía, de ninguna parte mejor que desde España podéis aspirar al dominio universal; porque su situación la hace cabeza de la tierra, habiéndole dado la Naturaleza por muros a los Pirineos y por fosos al uno y otro mar Océano y Mediterráneo, con puertos capaces de grandes armadas para salir a las empresas. Al Mediodía tenéis vecinas las vastas provincias de Africa;

entre el Norte y Levante se extienden las de Francia, donde, teniendo ya nosotros el dominio de las más principales, nos darán el paso a Alemania y a Italia. Los españoles, gente valerosa y constante, os desean para poner en solas vuestras manos el ceptro que hoy está dividido en varios Reinos. Nuestra sangre goda mezclada con la suya, y el ser todos de la religión cristiana, aseguran la unión con ellos. Los caballos destas provincias, que por su ligereza fingió la antigüedad haber nacido del viento, os servirán para acometer y alcanzar. Estas montañas, preñadas de plata, oro, hierro y acero, serán vuestros erarios para el sustento de la guerra y vuestras armerías con que podáis preveniros para la ofensa y defensa. Todos instrumentos de vuestros trofeos y triunfos, con los cuales se puede esperar que habéis de ser felices y gloriosos entre todas las naciones del mundo.”

TARIK

*Arenga a sus tropas en la batalla del Guadalete (1).
Año 711.*

Por esta parte se extiende el Océano, fin último y remate de las tierras; por aquélla nos cerca el

(1) Según la tradición arábica, libróse esta batalla a orillas del Wádi-Becca, riachuelo conocido hoy con el nombre de Salado, que desemboca en el mar, no lejos del cabo de Trafalgar, entre Vejer de la Frontera y Genil.

mar Mediterráneo; nadie podrá escapar con la vida si no fuere peleando. No hay lugar de huir; en las manos y en el esfuerzo está puesta toda la esperanza. Este día, o nos dará el imperio de Europa o quitará a todos la vida. La muerte es fin de los males; la victoria causa de alegría; no hay cosa más torpe que vivir vencidos y afrentados. Los que habéis domado la Asia y la Africa, y al presente, no tanto de mi respeto cuanto de vuestra voluntad, acometéis a haceros señores de España, debéis os membrar de vuestro antiguo esfuerzo y valor, de los premios, riquezas y renombre inmortal que ganaréis. No os ofrecemos por premio los desiertos de Africa, sino los gruesos despojos de toda Europa; ca vencidos los godos, demás de las victorias ganadas el tiempo pasado, ¿quién os podrá constarstar? ¿Temeréis por ventura este ejército sin armas, juntado de las hces del vulgo, sin orden y sin valor? Que no es el número el que pelea, sino el esfuerzo; ni vencen los muchos, sino los denodados; con su muchedumbre se embarazarán, y sin armas, con las manos desnudas, los venceréis. Cuando tenían las fuerzas enteras los desbaratasteis; ¿por ventura ahora, perdida gran parte de sus gentes, acobardados con el miedo, alcanzarán la victoria? La alegría, pues, y el denuedo que en vos veo, cierto presagio muestra de lo que será; ésa llevad a la pelea confiados en vuestro esfuerzo y felicidad. en vuestra fortuna y en vuestros hados. Arremetted con él ayuda de Dios y de nuestro profeta

Mahoma; venced los enemigos, que traen despojos, no armas. Trocad los ásperos montes, los collados pelados por el gran calor, las pobres chozas de Africa, con los ricos campos y ciudades de España. En vuestras diestras consiste, y lleváis el imperio, la salud, el alegría del tiempo presente, y del venidero la esperanza.”

LARROCHEJAQUELIN

Arenga a sus vendeanos.

“Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme: si muero, vengadme.”

DON JUAN I DE PORTUGAL

Arenga en la batalla de Aljubarrota, viendo que retrocedían los suyos ante el avance de los castellanos, a quienes acabó por poner en huida.
14 de agosto de 1385.

“Aquí está el Rey. ¿A dó vais, soldados? ¿Qué causa hay que temer? Por demás es huir, pues los enemigos os tienen tomadas las espaldas; esperanza de vida no la hay sino en la espada y valor. ¿Estáis olvidados que peleáis por el bien de vuestra patria, por la libertad, por vuestros hijos y mujeres? Vuestros enemigos sólo el nombre traen

de Castilla, no el valor, que éste perdióse el año pasado con la peste. ¿No podéis resistir a los primeros ímpetus de los bisoños, que traen, no armas, no fuerzas, sino despojos que dejaros? Poned delante los ojos el llanto y calamidades que de necesidad vendrán sobre los vencidos, y mirad que no parezca me habéis dado la corona para afrentarme, para burla y para escarnio.”

FEDERICO “EL GRANDE”

Arenga al ejército prusiano antes de comenzar la batalla de Rossbach, durante la guerra de los Siete Años. 5 de noviembre de 1757.

“Amigos:

Todo lo que tenemos y podemos tener en el mundo está pendiente de la espada que desnudamos para combatir. No tengo tiempo ni creo que tenga necesidad de hablaros mucho. Sabéis que no ha habido vigiliias, ni trabajos, ni peligros que no haya dividido constantemente con vosotros hasta hoy; ya me veis pronto a perecer con vosotros y por vosotros. Todo lo que os pido, amigos míos, es que me volváis cuidado por cuidado, amor por amor. Una sola palabra añadiré, no para animaros, sino como una prueba anticipada del reconocimiento que os deberé. Desde este momento hasta que nos retiremos a cuarteles de invierno, el ejército gozará doble paga.

¡Adelante! ¡Portaos como hombres y no esperéis más que en Dios!”

KELLERMAN

*Arenga a sus tropas en la batalla de Valmy.
20 de septiembre de 1792.*

“Camaradas:

Ha llegado el momento de la victoria. Dejemos avanzar al enemigo sin disparar un tiro, y carguemos a la bayoneta. (*Levantando y moviendo en la punta de la espada su sombrero, adornado con el penacho tricolor*): ¡Viva la nación! ¡Vamos a vencer por ella!”

NAPOLEON I

FRASES CÉLEBRES

“¡Acordaos que mi costumbre es la de acostarme sobre el campo de batalla!”

* * *

A sus soldados en la batalla de Moscowa.

“¡Soldados: ése es el Sol de Austerlitz!”

* * *

ARENGAS

A sus tropas en Egipto, mostrándoles las pirámides. 21 de julio de 1798.

“Soldados:

¡Desde lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os contemplan!”

* * *

En la batalla de Marengo. 14 de julio de 1800.

“Compañeros:

Hemos retrocedido demasiado, y ahora llega el momento de avanzar. Acordaos de que mi costumbre es dormir en el campo de batalla.”

* * *

*A la Guardia Imperial en el patio de Fontainebleau, al partir para la isla de Elba, donde iba desterrado, después de haber abdicado el Imperio.
20 de abril de 1814.*

“Oficiales, Sargentos y soldados de mi antigua Guardia:

Me despido de vosotros. Hace veinte años que constantemente os he encontrado en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos,

como en los de nuestra prosperidad, no habéis dejado de ser modelos de fidelidad y de valor.

Con hombres como vosotros nuestra causa no estaba perdida, pero la guerra hubiera sido interminable; la guerra civil hubiera hecho a la Francia desgraciada. He sacrificado, pues, nuestros intereses a los de la patria. Marcho... Vosotros, amigos míos, continuad sirviendo a la Francia; su honor era mi único pensamiento, y siempre será el objeto de mis votos.

¡No sintáis mi suerte!... Si he consentido en vivir ha sido para servir todavía a nuestra gloria. Quiero escribir las grandes cosas que hemos hecho juntos... ¡Adiós, hijos míos!... Quisiera estrecharos a todos contra mi corazón... ¡Que abrace al menos a vuestro General y a vuestra bandera!... (1). ¡Traedme las águilas!... ¡Queridas águilas (*besándolas*), que este último beso resuene en el corazón de todos mis soldados! ¡Adiós otra vez, antiguos compañeros; adiós!..."

* * *

(1) Lamartine refiere en estos términos tan patética escena: "Aquellas palabras enternecieron a los soldados. Estremeciéronse las filas y se movieron las armas. El General Petit, que mandaba la antigua Guardia en ausencia de los Mariscales, hombre de temple marcial, pero sensible, se adelantó a una señal repetida de Napoleón, que le tuvo abrazado largo tiempo. Ambos capitanes sollozaban, y los granaderos prorrumpieron en llanto."

Al quinto regimiento de línea que le apuntaba con los fusiles, cerrándole el paso en el camino de Grenoble, a su regreso de la isla de Elba para recuperar el trono.

"Soldados:

Si hay uno entre vosotros, uno solo, que quiera matar a su General, a su Emperador, puede hacerlo. ¡Heme aquí!...

Vengo acompañado de un puñado de valientes, y cuento con vuestra cooperación y la del pueblo. El trono de los Borbones es ilegítimo, puesto que no está cimentado en las simpatías de la nación; es contrario a la voluntad nacional, porque se halla en contradicción con los intereses de nuestro país y en armonía únicamente con el interés de un escaso número de individuos. Preguntad a vuestros padres, interrogad a estos valientes campesinos, y sabréis la situación verdadera de las cosas. Os dirán que se ven amenazados por la vuelta de los diezmos, de los privilegios, de los derechos feudales y de todos los abusos de que los habían librado vuestras victorias."

* * *

Al ejército en la plaza del Carrousel, de París, después de su vuelta de la isla de Elba. 21 de marzo de 1815.

“Soldados:

He venido a Francia con 600 hombres, porque contaba con el amor del pueblo y con los recuerdos de los veteranos. Mis esperanzas no han salido fallidas, y os doy por ello las gracias. La gloria de nuestra empresa pertenece toda al pueblo y a vosotros, y a mí sólo me está reservada la de haberos conocido y apreciado.

Soldados: El trono de los Borbones era ilegítimo, porque había sido alzado por manos extranjeras; porque había proscripto el voto de la nación expresado en todas nuestras Asambleas nacionales, y, en fin, porque sólo garantizaba los intereses de un corto número de hombres orgullosos, cuyas pretensiones están en oposición con nuestros derechos.

Soldados: Únicamente el trono imperial puede garantizar los derechos del pueblo, y, sobre todo, el más vital de nuestros intereses, el de nuestra gloria. Vamos a ponernos en marcha para expulsar de nuestro territorio a esos príncipes auxiliares del Extranjero. La nación, no sólo nos secundará con sus votos, sino que seguirá nuestro impulso. El pueblo francés y yo contamos con vuestro apoyo: no queremos mezclarnos en los ne-

gocios de las naciones extranjeras, pero ¡desgraciado del que se mezcle en los nuestros!”

* * *

Presentando en el mismo día a los oficiales del batallón de Granaderos de la isla de Elba.

“Soldados:

Aquí tenéis a los oficiales del batallón que me han acompañado en mi adversidad; todos son amigos míos, todos eran queridos de mi corazón; siembre que los veía me representaban los diferentes regimientos del Ejército, porque entre estos seiscientos valientes hay hombres de todos los regimientos. Ellos me recordaban aquellas grandes jornadas, cuya memoria me es tan grata, porque todos están cubiertos de honrosas cicatrices recibidas en aquellas batallas memorables. Al consagrarles mi afecto, no hacia otra cosa que consagrarlo a todos vosotros, soldados del ejército francés. Vuelven a traer esas águilas que deben ser vuestro vínculo de fraternidad; al dárselas a la Guardia, se las doy a todo el ejército.

La traición y otras circunstancias fatales habían tendido su velo fúnebre sobre ellas; pero, gracias al pueblo francés y a vosotros, vuelven a aparecer con todo el esplendor de su gloria. ¡Jurad que se presentarán siempre doquiera que las llame el interés de la patria, y que se humillarán

ante sus miradas los traidores y los que pretendan invadir nuestro territorio!”

* * *

A sus granaderos, al verle asestar los cañones en Montereau.

“Nada temáis, amigos míos; todavía no se ha fundido la bala que ha de matarme.”

* * *

PROCLAMAS

Al ejército de Italia. Campaña de 1796-97.

“Soldados:

Estáis desnudos y mal alimentados; el Gobierno os debe mucho y no puede daros nada. La paciencia y el valor de que habéis dado pruebas en estos peñascos son dignos de admiración, pero no os dan gloria ninguna; ninguna aureola brilla a vuestro alrededor.

Voy a conducirlos a la llanura más fértil del mundo; ricas provincias, grandes ciudades caerán en vuestro poder; allí encontraréis honra, fama y riquezas.

Soldados de Italia: ¿os faltarán la perseverancia y el valor?”

* * *

“Soldados:

En quince días habéis ganado seis victorias; tomado veintiuna banderas, cincuenta y cinco piezas de artillería, muchas plazas fuertes y conquistado la parte más rica del Piamonte; habéis hecho quince mil prisioneros, herido o muerto más de diez mil hombres. Sois iguales a los conquistadores de la Holanda y del Rhin. Privados de todo, a todo habéis suplido. Habéis ganado batallas sin cañones, pasado ríos sin puentes, hecho marchas forzadas sin zapatos y acampado sin aguardiente, y muchas veces hasta sin pan. Sólo las falanges republicanas, los soldados de la libertad, eran capaces de sufrir lo que vosotros habéis sufrido. ¡Yo os doy gracias, soldados! La patria, reconocida, os deberá su superioridad, y si, vencedores de Tolón, presagiastis la inmortal campaña de 1793, vuestras actuales victorias anuncian otra más distinguida. Los dos ejércitos que en otro tiempo os acometían con audacia, huyen espantados ante vosotros; y los hombres perversos que se reían de vuestra miseria y se regocijaban interiormente por los triunfos de vuestros enemigos, han quedado confundidos y acobardados. Pero, soldados, nada habéis hecho cuando tanto os queda por hacer. Ni Turín ni Milán son todavía vuestros; ¡las cenizas de los vencedores de Tarquino se ven holladas aún por los asesinos de Basseville! Dicen que entre vosotros hay algunos faltos de aliento, que preferirían volver a

las cumbres del Apenino y de los Alpes. No, no puedo creerlo. Los vencedores de Montenotte, de Millesimo, Dego y Mondovi arden por llevar más lejos la gloria del pueblo francés.”

* * *

“Soldados:

Os habéis precipitado como un torrente desde la alto del Apenino, arrollando y dispersando cuanto se oponía a vuestra marcha. El Piamonte, libre de la tiranía austríaca, se ha entregado a sus sentimientos naturales de paz y amistad con la Francia. Milán es vuestro, y el pabellón republicano ondea en toda la Lombardía. Los Duques de Parma y Módena sólo deben su existencia política a vuestra generosidad. El ejército que os amenazaba con altivez ya no encuentra muralla que le defienda de vuestro arrojo; el Po, el Tesino y el Adda no han podido conteneros ni un solo día, y esos baluartes tan ponderados de Italia de nada han servido, porque los habéis atravesado con la misma rapidez que el Apenino. Tan escalecidos triunfos han llenado de regocijo a nuestra patria, y vuestros representantes han decretado una fiesta dedicada a vuestras victorias, que ha de celebrarse en todos los pueblos de la República. Vuestras madres, esposas, hermanas y amantes aplauden vuestros triunfos y blasonan con orgullo de perteneceros. Sí, soldados, mucho habéis hecho...; pero, ¿no os queda ya nada

que hacer?... ¿Se dirá de nosotros que hemos sabido vencer, pero no aprovecharnos de la victoria? ¿Os reconvenirá la posteridad de haber hallado otra Capua en Lombardia? No, porque ya os veo correr a las armas. Pues bien, ¡partamos! Aún tenemos marchas forzadas que hacer, enemigos que combatir, laureles que coger e injurias que vengar. Tiemblen los que han aguzado los puñales de la guerra civil en Francia, los que han asesinado cobardemente a nuestros embajadores e incendiado nuestros navíos en Tolón. La hora de la venganza ha llegado, pero vivan tranquilos los pueblos, porque somos amigos de todos ellos, y más particularmente de los descendientes de los Brutos y Escipiones, de los grandes hombres a quienes hemos tomado por modelos. Restablecer el Capitolio, colocar en él con honor las estatuas de los héroes que le hicieron célebre y despertar al pueblo romano, aletargado con tantos años de esclavitud, tal será el fruto de nuestras victorias. Ellas harán época en la posteridad; vosotros tendréis la inmortal gloria de cambiar la faz de la más hermosa parte de Europa. El pueblo francés, libre y respetado del mundo todo, dará a Europa una paz gloriosa que la indemnizará de todos los sacrificios que está haciendo durante estos seis últimos años. Entonces volveréis a vuestros hogares, y vuestros conciudadanos dirán al ver uno de vosotros: *Ese era del ejército de Italia.*”

* * *

“Soldados:

Hoy es el aniversario del 14 de julio. Delante tenéis los nombres de nuestros compañeros de armas, muertos en el campo del honor por la libertad y por la patria; ellos os han dado el ejemplo. Vosotros pertenecéis enteramente a la República, a la felicidad de treinta millones de franceses, y a la gloria de este nombre que ha recibido nuevo esplendor con vuestras victorias.

Soldados: Sé que estáis muy conmovidos por los males que amenazan a la patria, pero la patria no puede correr riesgos muy graves, porque aquí están los mismos hombres que la han hecho triunfar de toda Europa. Si nos separan montañas de Francia, vosotros sabréis atravesarlas con la rapidez del águila, en caso necesario, para mantener la Constitución, defender la libertad y proteger a los republicanos.

Soldados: El Gobierno vela por el depósito de las leyes que le está confiado, y desde el instante mismo en que se presenten los realistas habrán dejado de existir. Vivid tranquilos, y juremos por los manes de los héroes que han muerto a nuestro lado por la libertad; juremos sobre nuestras banderas una guerra implacable a los enemigos de la República y de la Constitución del año III.”

* * *

Al ejército reunido en Tolón para emprender la expedición a Egipto. 9 de mayo de 1798.

“Soldados:

Sois una de las alas del ejército de Inglaterra. Habéis hecho la guerra en las montañas, en las llanuras y en los ríos; éstaos solamente la guerra marítima. Las legiones romanas, a quienes algunas veces habéis imitado, pero no igualado aún, combatían con Cartago unas veces en el mar y otras en las llanuras de Zama. Jamás las abandonó la victoria, porque siempre fueron valientes, sufridas en las fatigas y disciplinadas, y porque conservaron unión entre sí.

Soldados: ¡Europa os contempla! Tenéis un gran destino que cumplir, batallas que sostener, riesgos y fatigas que arrostrar, y haréis más de lo que habéis hecho por la prosperidad de la patria: la dicha de los hombres y vuestra propia gloria.

Soldados, marineros, infantes, artilleros y jinetes, permaneced unidos; acordaos que en el día de una batalla os necesitáis unos a otros.

La República os mira con la mayor solicitud; mostraos dignos del ejército a que pertenecéis.

El genio de la libertad, que desde su nacimiento hizo a la República árbitra de Europa, quiere que lo sea también de los mares y de las más apartadas naciones.”

* * *

Al ejército expedicionario cuando divisó la escuadra el puerto de Alejandría.

“Soldados:

Vais a emprender una conquista cuyos efectos en la civilización y el comercio del mundo son incalculables. Descargaréis contra Inglaterra el golpe más seguro y sensible, en tanto podéis darla el que concluya con ella.

Los pueblos con quienes vamos a vivir son mahometanos, y su primer artículo de fe es éste: *No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.* No los contradigáis; conducíos con ellos como nos hemos conducido con los judíos y los italianos. Respetad a los muftis y sus imanes, como hemos respetado a los rabinos y los obispos. Guardad con las ceremonias que prescribe el Alcorán y con las mezquitas la misma tolerancia que hemos guardado con los conventos y las sinagogas, con la religión de Moisés y la de Jesucristo. Las legiones romanas protegían todas las religiones. Aquí encontraréis costumbres muy distintas de las de Europa, y es preciso que os habituéis a ellas. Los pueblos donde vamos a entrar tratan a las mujeres de distinto modo que nosotros. Acordaos que en todos los países el que viola es un cobarde.

La primera ciudad que encontraremos fué construída por Alejandro, y a cada paso hallaremos grandes recuerdos dignos de excitar la emulación de los franceses.”

* * *

A los egipcios, al desembarcar en Alejandría.

“Cadís, Jeques, Imanes, Korbadgys:

Os dirán que vengo a destruir vuestra religión, pero no lo creáis. Responded que he venido a restablecer vuestros derechos y a castigar a vuestros usurpadores, y que yo respeto más que a los mamelucos, a Dios, a su profeta y al Corán.

Decid al pueblo que todos los hombres son iguales delante de Dios; el saber, el talento y las virtudes es lo único que establece entre ellos diferencias.

Ahora bien: ¿hay una rica heredad? Pertecece a los mamelucos. ¿Hay una hermosa esclava, un fogoso caballo, una casa lujosa? Todo esto pertenece a los mamelucos. Si el Egipto es suyo, decidles que enseñen los títulos de propiedad que les ha dado Dios. Pero Dios es justo y misericordioso para el pueblo. Todos los egipcios serán llamados a ocupar todos los empleos. Gobiernen los más virtuosos, los más ilustrados, y el pueblo será feliz.

Teníais antiguamente populosas ciudades, canales benéficos para los campos, un gran comercio... ¿Quién lo ha destruído todo, sino la avaricia, la injusticia y la tiranía de los mamelucos?

“Cadís, Jeques, Imanes, Korbadgys: Decid al pueblo que también nosotros somos verdaderos musulmanes. ¿No hemos derribado al Papa, que decía ser preciso hacer la guerra a los musul-

manes? ¿No somos los amigos del Gran Señor?
¡Tres veces felices los que estén con nosotros!
Prosperarán en su hacienda y en su condición.
¡Felices los que permanezcan neutrales! Tendrán
tiempo para conocernos y se pondrán de nuestro
lado.

Pero ¡desventurados, tres veces desventurados,
los que se armen por los mamelucos y combatan
contra nosotros! ¡No habrá esperanza para ellos:
todos perecerán!”

* * *

*A los mismos, después de sofocar la rebelión de
El Cairo.*

“Jeques, Ulemas, sectarios de Mahoma:

Haced saber al pueblo que los que han sido
mis enemigos no tendrán refugio en este mundo
ni en el otro. ¿Hay algún hombre bastante ciego
para no ver que el destino mismo dirige mis ope-
raciones?

Haced saber al pueblo que, desde que el mundo
es mundo, estaba escrito que, después de haber
destruido a los enemigos del islamismo y hecho
derribar las cruces, vendría yo del fondo del Oc-
cidente a cumplir la obligación que me ha sido
impuesta. Haced ver al pueblo que en el santo
libro del Corán, en más de veinte pasajes, está
prescrito lo que sucede, e igualmente explicado lo
que sucederá.

A cada uno de vosotros podría pedir cuenta de
los secretos sentimientos de su corazón, porque
yo lo sé todo, hasta lo que no habéis dicho a na-
die. Día vendrá en que todos vean con evidencia
que me guían órdenes superiores y que todos los
esfuerzos nada pueden contra mí.”

* * *

*Al Ejército en El Cairo, con motivo de celebrar el
aniversario de la fundación de la República. 22 de
septiembre de 1798.*

“Soldados:

Estamos celebrando el primer día del año VII
de la República.

Hace cinco años que se hallaba amenazada la
independencia del pueblo francés; pero tomasteis
a Tolón, y esto fué el presagio de la ruina de nues-
tros enemigos.

Un año después batisteis en Dego a los aus-
triacos.

Al siguiente, ya estabais en la cima de los Al-
pes.

Hace dos años que luchabais aún contra Man-
tua y ganabais la célebre victoria de San Jorge.

El año pasado os hallabais en el nacimiento del
Drave y del Isonzo, de vuelta de Alemania. ¿Quién
hubiera dicho entonces que hoy os veríais en las
orillas del Nilo, en el centro del antiguo Conti-
nente?

Desde el inglés, tan célebre en las artes y el comercio, hasta el horrendo y feroz beduino, todo el mundo tiene fijas sus miradas en vosotros.

Soldados: vuestro destino es glorioso, porque sois dignos de vuestros propios hechos y de la opinión que os habéis granjeado. Moriréis con honor, como los valientes cuyos nombres están grabados en esta pirámide (1), o volveréis a vuestra patria coronados de laureles y acompañados de la admiración de todos los pueblos.

Durante los cuatro meses que estamos alejados de Europa, venimos siendo objeto de la solicitud de nuestros compatriotas, y en este momento cuarenta millones de ciudadanos celebran la era de los Gobiernos representativos; cuarenta millones de ciudadanos están pensando en vosotros, y todos dicen que a vuestros trabajos y a vuestra sangre se deben la paz general, el sosiego, la prosperidad del comercio y los beneficios de la libertad civil.”

* * *

Al siguiente día de la rendición de Ulm. 21 de octubre de 1805.

“Soldados del Gran Ejército:

En quince días hemos llevado a cabo una cam-

(1) La columna de Pompeyo, donde mandó grabar los nombres de los cuarenta primeros soldados que habían muerto en Egipto al tomar la ciudad de Alejandría.

paña, habiendo realizado lo que nos proponíamos. A las tropas austríacas las hemos arrojado de Baviera, restableciendo a un aliado nuestro en la soberanía de sus Estados. El ejército que con tanto orgullo como imprudencia había llegado hasta vuestras fronteras, no existe ya; pero, ¿qué importa esto a Inglaterra, si ha conseguido su objeto de alejarnos de Boloña?...

Cien mil hombres componían ese Ejército, y sesenta mil han caído prisioneros, estando destinados a reemplazar a nuestros conscriptos en las labores agrícolas. Doscientas piezas de artillería, noventa banderas, todos los Generales se hallan en poder nuestro, y no llegan a quince mil hombres los que han logrado escapar.

Soldados: os había dicho que ibais a dar una gran batalla; pero, gracias a las malas combinaciones del enemigo, he alcanzado un triunfo igual al que esperaba, sin correr riesgo alguno y, lo que no se conoce en la historia de las naciones, sin que tan gran éxito nos haya costado arriba de mil quinientos hombres.

Soldados: este triunfo se debe a la confianza sin límites que tenéis en vuestro Emperador, a la paciencia con que sufrís las fatigas y privaciones de toda especie y a vuestra extraordinaria intrepidez.

Pero no se limitará a esto vuestro ardimiento: estáis impacientes por empezar una segunda campaña, y vamos a hacer que ese ejército ruso que el oro de Inglaterra ha traído del otro extremo

del Universo tenga la misma suerte que el que acabamos de destruir.

La nueva lucha en que vamos a entrar pertenece más especialmente a la Infantería: ésta es la que va a decidir otra vez la cuestión que ya hemos decidido en Suiza y Holanda: la de si la Infantería francesa es la primera o la segunda de Europa. Ya no hay Generales a quienes yo trate de aventajar en gloria, y de hoy más consistirá todo mi empeño en salir victorioso sin derramar más sangre que la puramente indispensable, porque miro a mis soldados como si fuésen hijos míos.”

* * *

La víspera de la batalla de Austerlitz. 1.º de diciembre del mismo año 1805.

“Soldados:

El Ejército ruso quiere vengar en nosotros la derrota que los austríacos sufrieron en Ulm; pero sus batallones son los mismos que derrotasteis en Hollabrunn y que después habéis perseguido constantemente hasta aquí.

Las posiciones que ocupamos son formidables, y cuando emprendan la marcha para cogermela vuelta, me presentarán el flanco.

Soldados: yo mismo voy a dirigir nuestros batallones, y me mantendré lejos del fuego si introducís el desorden y la confusión en las filas ene-

migas con el valor que soléis hacerlo; pero, como la victoria permanezca indecisa por un momento, veréis a vuestro Emperador expuesto a sufrir los primeros golpes, porque la victoria no puede vacilar, hoy sobre todo, que se trata de mantener el honor de la Infantería francesa, que tanto importa conservar a la nación.

No hay que desbaratar las filas so pretexto de conducir los heridos; no hay que perder de vista que es preciso vencer a esos asalariados de Inglaterra, a quienes anima tan reconcentrado odio contra el nombre francés.

Esta victoria terminará nuestra campaña, y podremos volver a nuestros cuarteles de invierno, donde se nos reunirán los diversos ejércitos que se forman en Francia, y entonces la paz que yo haga será digna de mi pueblo, de vosotros y de mí”

* * *

Al día siguiente de la victoria de Austerlitz.

“Soldados:

Estoy contento de vosotros, pues habéis justificado en el día de ayer cuanto esperaba de vuestra intrepidez y cubierto vuestras águilas de una gloria inmortal. Un ejército de cien mil hombres, mandado por los Emperadores de Rusia y Austria, ha sido cortado y dispersado en menos de cuatro horas; los que se libraron de vuestros aceros han muerto ahogados en los pantanos.

Cuarenta banderas, los estandartes de la Guardia Imperial de Rusia, ciento veinte piezas de artillería, veinte Generales y más de treinta mil prisioneros, son el resultado de esta jornada eternamente célebre. Esa infantería, tan alabada y superior en número, no ha podido resistir vuestro empuje, y de hoy más no tenéis rivales a quienes temer. De este modo, dos meses han sido suficientes para vencer y disolver esa tercera coalición, y la paz no puede estar lejos; pero, como he prometido a mi pueblo no pasar el Rhin sin hacerla, ajustaré una que nos dé garantías para lo futuro y asegure a nuestros aliados los premios que merecen.

Soldados: luego que hayamos realizado todo lo que se necesita para afirmar la dicha y prosperidad de nuestra patria, os conduciré a Francia, y allí miraré por vosotros con paternal cariño, y os bastará decir: *Yo estuve en la batalla de Austerlitz*, para que todos respondan: *He ahí un valiente.*”

* * *

*Al recibir la nota de Prusia intimándole repase el Rhin con sus tropas, si quería evitar la guerra.
7 de octubre de 1806.*

“Soldados:

Estaba dada la orden para que volviéis a Francia; os ibais acercando a ella; debíais ser festejados por los triunfos que habéis conseguido;

pero, cuando nos abandonábamos a esta seguridad, se urdían nuevas tramas bajo la máscara de amistad y alianza. En Berlín han resonado gritos de guerra; el mismo espíritu de vértigo que a favor de nuestras disensiones intestinas condujo, hace catorce años, a los prusianos hasta las llanuras de Champaña, domina hoy en sus ejércitos. ¡Ya no quieren sólo destruir a París, sino plantar sus banderas en las capitales de nuestros aliados y arrancar de nuestras frentes los laureles que las ciñen! ¡Quieren que evacuemos Alemania en presencia de su ejército!...

Soldados: entre vosotros no hay uno que quiera volver a Francia por otro camino que el del honor, y sólo debemos entrar en ella bajo arcos triunfales. ¿Habremos despreciado el rigor de las estaciones, la cólera de los mares y la soledad de los desiertos; habremos vencido tantas veces a la Europa coaligada contra nosotros y llevado nuestra gloria de Oriente a Occidente, para volver hoy a nuestra patria como desertores, después de haber abandonado a nuestros aliados, para oír decir que el águila francesa ha huido de las águilas prusianas? ¡Desgraciados de los que nos provocan! ¡Que los prusianos sufran la misma suerte que hace catorce años! ¡Que sepan que, si es fácil adquirir señoríos y poder con la amistad de un gran pueblo, su enemistad es más terrible que las tempestades del Océano!”

* * *

Veinte días más tarde, después de vencer a los prusianos y haber hecho su entrada triunfante en Berlín.

“Soldados:

Habéis justificado mis esperanzas correspondiendo dignamente a la confianza del pueblo francés, y habéis soportado las privaciones y las fatigas con tanto valor como intrepidez y sangre fría demostrasteis en los combates; sois los dignos defensores de mi corona y de la gloria de un gran pueblo; y mientras que estéis animados de ese espíritu, nada podrá resistiros. La Caballería ha rivalizado con la Infantería y la Artillería, y en adelante no sabré a qué Arma dar la preferencia, porque todos sois buenos soldados. He aquí el fruto de nuestros trabajos: una de las primeras potencias de Europa, que osó en otro tiempo proponernos una vergonzosa capitulación, está aniquilada; los bosques, los defiladeros de Franconia, el Sale y el Elba, que nuestros padres no habrían podido atravesar en siete años, han sido franqueados por nosotros en siete días, librando entre tanto cuatro combates y una gran batalla; hemos precedido en Postdam y en Berlín a la fama de nuestras victorias; hemos hecho sesenta mil prisioneros, cogido sesenta y cinco banderas, entre las cuales figuran las de los guardias del Rey de Prusia; seiscientos cañones, tres fortalezas, más de veinte Generales, y, sin embargo, la mitad de vosotros siente no haber disparado todavía un tiro. Todas

las provincias de la Monarquía prusiana, hasta el Oder, se hallan en nuestro poder. Los rusos se vanaglorian de venir a buscarnos, y nosotros marcharemos a su encuentro, ahorrándoles la mitad del camino; volverán a encontrar Austerlitz en medio de Prusia. La nación que ha olvidado tan pronto la generosidad que tuvimos con ella después de aquella batalla en que su Emperador, su Corte y los restos de su Ejército no debieron su salvación más que a la capitulación que les concedimos, no podrá luchar con éxito contra nosotros. Sin embargo, mientras que marchamos al encuentro de los rusos, nuevos ejércitos, formados en el interior del Imperio, vienen a reemplazarlos para conservar nuestras conquistas.

Todo mi pueblo se ha indignado por la vergonzosa capitulación que los ministros prusianos nos han propuesto en su delirio; nuestros caminos y ciudades fronterizas están llenos de desterrados que arden en deseos de seguir nuestras huellas. En adelante no seremos ya juguete de una paz traidora, ni depondremos las armas hasta que hayamos obligado a los ingleses, esos eternos enemigos de nuestra nación, a renunciar al proyecto de perturbar el Continente, usurpando el reino de los mares.

Soldados: la mejor prueba de expresar mis sentimientos será decirnos que mi corazón os profesa el mismo cariño de que me dais prueba todos los días.”

En el primer aniversario de la batalla de Austerlitz, después de haber batido nuevamente a los rusos y entrado en Varsovia. 2 de diciembre de 1806.

“Soldados:

Hoy hace un año, a esta misma hora, que estabais en el memorable campo de Austerlitz. Los batallones rusos huían despavoridos. Pues bien: sus aliados ya no existen; sus plazas fuertes, sus capitales, sus almacenes, sus arsenales, doscientas ochenta banderas, setecientas piezas de artillería, cinco grandes plazas de guerra, están en nuestro poder. El Oder, el Warta, los desiertos de la Polonia, los temporales, nada ha podido deteneros; todos han huído al acercaros vosotros. El águila francesa se mece sobre el Vístula; los valientes y desgraciados polacos creen volver a ver las legiones de Sobieski.

Soldados: no depondremos las armas hasta que la paz general haya restituído a nuestro comercio su libertad y sus colonias. Hemos conquistado, a orillas del Elba y del Oder, a Pondichery, nuestros establecimientos de la India, el Cabo de Buena Esperanza y las colonias españolas. ¡Quién daría a los rusos la esperanza de equilibrar los destinos! Ellos y nosotros, ¿no somos los soldados de Austerlitz?”

* * *

Después de la batalla de Eylau. 8 de febrero de 1807.

“Soldados:

Hemos marchado sobre el enemigo; le hemos acosado con nuestras espadas por espacio de ochenta leguas; le hemos arrebatado setenta y cinco cañones y dieciséis banderas, y hemos exterminado, herido o hecho prisioneros a más de cuarenta y cinco mil hombres. Los valientes que por nuestra parte han quedado en el campo de batalla han tenido una muerte gloriosa: la muerte de los verdaderos soldados.”

* * *

Después de la batalla de Friedland. 22 de junio del mismo año 1807.

“Soldados:

El día 5 de junio nos atacó el Ejército ruso en nuestros cantones, creyendo que nuestra inacción nacía de otras causas; pero, aunque demasiado tarde, ha conocido que nuestro reposo era como el del león, y se arrepiente de haberlo turbado.

En diez días hemos tomado ciento veinte cañones, siete estandartes; muerto, herido o hecho prisioneros a sesenta mil rusos; arrebatado al ejército enemigo todos sus hospitales, sus almacenes, la plaza de Koenisberg, los trescientos buques que

se hallaban en el puerto cargados de toda especie de municiones, y ciento sesenta mil fusiles que enviaba Inglaterra para armar a nuestros enemigos. De las orillas del Vístula hemos llegado a las del Niemen con la rapidez del águila. En Austerlitz celebrasteis el aniversario de mi coronación; este año habéis celebrado dignamente el aniversario de Marengo.

¡Soldados del Gran Ejército: habéis sido dignos de vosotros y de mí!”

* * *

Para preparar la guerra con España, en 1808.

“Soldados:

Después de haber triunfado a orillas del Danubio y del Vístula, habéis recorrido la Alemania a marchas forzadas. Hoy os hago atravesar Francia, sin daros un momento de respiro.

Soldados: tengo necesidad de vosotros; la horrible presencia del leopardo mancha los continentes de España y Portugal, y quiero que huya despavorido a vuestro aspecto. Llevemos nuestras águilas victoriosas hasta las columnas de Hércules: también allí tenemos ultrajes que vengar.

Soldados: habéis eclipsado la fama de los ejércitos modernos; pero ¿habéis igualado la gloria de los ejércitos de Roma, que en una misma campaña triunfaron en el Rhin, en el Eufrates, en Iliria y en el Tajo?”

* * *

Para disponer la campaña de Austria, en 1809.

“Soldados:

Rodeado de vosotros me hallaba cuando vino el Emperador de Austria a mi vivac de Moravia. Vosotros le oísteis implorar mi clemencia y jurarme una eterna amistad. Vencedores en tres guerras, el Austria lo debió todo a nuestra generosidad. ¡Tres veces ha sido perjura!... Nuestros pasados triunfos son segura fianza de la victoria que nos espera. ¡Marchemos, pues, y a nuestro aspecto conozca el enemigo a sus vencedores!”

* * *

Siete días más tarde, después de haber deshecho a los austríacos.

“Soldados:

Habéis justificado mi esperanza, supliendo con vuestra bravura la falta de fuerzas; habéis señalado gloriosamente la diferencia que existe entre las legiones de César y las masas armadas de Jerjes. En cuatro días hemos triunfado en las batallas de Tann, de Abensberg, de Eckmühl y en los combates de Peyssing, de Landshutt y de Ratisbona; cien cañones, cuarenta banderas y cincuenta mil prisioneros son los resultados de la rapidez de vuestras marchas y de vuestro valor. El enemigo, engañado por un Gobierno perjuro, no conservaba ya, al parecer, ningún recuerdo de vosotros; pero ha despertado pronto, y os habéis

presentado más terribles que nunca. En otro tiempo atravesó el Inn para invadir el territorio de nuestros aliados; pero hoy, derrotado y poseído de espanto, huye en desorden; mi vanguardia ha tras-pasado ya el Inn, y antes de un mes nos hallaremos en Viena" (1).

* * *

Al Ejército de Italia, mandado por los Generales Beauharnais y Macdonald, que cooperó a esta campaña.

"Soldados:

Habéis llegado gloriosamente al punto que os indiqué, y el Semering ha visto vuestra unión con el Gran Ejército. ¡Bien venidos! Estoy satisfecho de vosotros! Sorprendidos por un enemigo pérfido antes que vuestras columnas se reunieran, tuvisteis que retroceder hasta el Adigio; pero cuando recibisteis la orden de marchar adelante estabais ya en el memorable campo de Arcole, y jurasteis por los manes de nuestros héroes alcanzar la victoria. Este juramento lo cumplisteis en las batallas del Piave, de San Dionisio, de Tarvis, de Goritz; tomasteis por asalto los fuertes de Malborghetto y de Predill, y obligasteis a capitular a la división enemiga refugiada en Lubiana. Toda-

(1) Cumplióse este anuncio. El 13 de mayo siguiente, o sea a los diecinueve días de publicar esta proclama, entró triunfante en la capital de Austria.

vía no habíais pasado el Piave, y ya veinticinco mil prisioneros, sesenta piezas de artillería y diez banderas daban testimonio de vuestro valor. El Drave, el Sava, el Mür no pudieron deteneros un instante. La columna austriaca que entró primero en Munich y dió la señal del estrago en el Tirol, cercada en San Miguel, cayó al impulso de vuestras bayonetas. Habéis dado pronta y buena cuenta de los restos que se libraron de la cólera del Gran Ejército.

Soldados: el Ejército austriaco, que por un momento infestó con su presencia mis provincias, y pretendía romper mi corona de hierro, derrotado, aniquilado, disperso, gracias a vosotros, mostrará que es verdadera aquella divisa: *Dios me la dió, ¡ay de quien la toque!*"

* * *

Al Ejército expedicionario de Nápoles que marchaba contra los ingleses.

"Soldados:

Marchad, precipitad en las olas, si es que osan esperaros, a los flacos batallones de los tiranos del mar. No tardéis en anunciarme que está vengada la santidad de los convenios y están aplacados los manes de mis valientes guerreros asesinados en los puertos de Sicilia, a su regreso de Egipto, después que escaparon de todos los peli-

gros de los naufragios, de los desiertos y de cien combates.”

* * *

Al comenzar la campaña de Rusia. 22 de junio de 1812.

“Soldados:

Rusia ha jurado eterna alianza a Francia y guerra a la Gran Bretaña, pero hoy viola sus juramentos y no quiere dar ninguna explicación de su extraña conducta hasta que las águilas francesas hayan repasado el Rhin, dejando así a nuestros aliados a su discreción. ¿Nos creen, por ventura, tan degenerados? ¿Acaso no somos ya los soldados de Austerlitz? Esa nación nos coloca entre la deshonra y la guerra, y la elección no puede ser dudosa. Marchemos adelante y, cruzando el Niemen, llevemos la guerra al territorio de Rusia, guerra que será gloriosa para las armas francesas. La paz que concluiremos pondrá término a la funesta influencia que el Gabinete moscovita ejerce desde hace cincuenta años en los asuntos de Europa.”

* * *

Ante los muros de Moscou. 5 de septiembre del mismo año.

“Soldados:

He aquí la batalla que tanto habéis deseado; ahora la victoria no dependerá más que de vos-

otros; es necesaria, porque traerá la abundancia, asegurándonos buenos cuarteles de invierno y un pronto regreso a la patria. Sed los hombres de Austerlitz, de Friedland, de Vitespk, de Smoleysko, y que la más remota posteridad diga, al hablar de nosotros: ¡Tomó parte en la gran batalla dada bajo los muros de Moscou!”

* * *

Al siguiente día de la victoria de Lutzen. 3 de mayo de 1813.

“Soldados:

Estoy contento de vosotros; habéis hecho cuanto esperaba. La batalla de Lutzen figurará por encima de las de Austerlitz, Jena, Friedland y Moscowa. En un solo día habéis frustrado todos los complots parricidas de nuestros enemigos. Arrojuremos a los tártaros a sus horribles climas, de los que no deben salir; que se queden en sus desiertos de hielo, mansión de esclavitud, de barbarie y de corrupción, en donde el hombre está relegado al nivel del bruto. Habéis merecido bien de Francia civilizada. Soldados: Italia, Francia y Alemania os dan las gracias.”

* * *

Al recibir la noticia de haber capitulado París ante los ejércitos de la coalición. 3 de abril de 1814.

“Soldados:

El enemigo se nos ha anticipado en tres marchas, y acaba de apoderarse de París. Es preciso arrojarle de él. Franceses indignos, emigrados a quienes nunca debimos perdonar, han enarbolado la bandera blanca y se han unido a nuestros enemigos. ¡Cobardes!... Ya recibirán el premio de este nuevo atentado. ¡Juremos vencer o morir! ¡Juremos hacer respetar esa escarapela tricolor que hace veinte años marcha por el camino del honor y de la gloria!”

* * *

Al desembarcar en Francia, de vuelta de la isla de Elba. 1.º de marzo de 1815.

“Soldados:

No hemos sido vencidos; dos hombres salidos de nuestras filas han hecho traición a nuestros laureles, a su país, a su Príncipe, a su bienhechor.

Aquellos a quienes hemos visto durante veinticinco años recorrer la Europa entera para suscitarlos enemigos, que han pasado su vida combatiendo contra nosotros en las filas de los ejércitos extranjeros, maldiciendo a nuestra hermosa Francia, ¿intentarían mandar y encadenar nues-

tras águilas, ellos que jamás han podido sostener sus miradas? ¿Toleraremos que recojan el fruto de nuestros gloriosos trabajos, que se apoderen de nuestros honores y de nuestros bienes, que calumnien nuestra gloria? Si durase su reinado, todo se perdería, hasta el recuerdo de aquellas memorables jornadas.

¡Con qué animosidad las desnaturalizan y tratan de envenenar lo que el mundo admira! Si aún quedan defensores de nuestra gloria, es entre los mismos enemigos a quienes hemos combatido en los campos de batalla.

Soldados: he oído vuestra voz desde mi destierro, y llego a vosotros a través de todos los obstáculos y de todos los peligros. Vuestro General, llamado al trono por la elección del pueblo y alzado sobre vuestros paveses, vuelve a vuestras filas; venid a reuniros con él.

Arrancad esos colores proscritos por la nación y que por espacio de veinticinco años han servido de enseña a todos los enemigos de Francia, y poned en su lugar la escarapela tricolor que llevabais en vuestras grandes jornadas. Debemos olvidar que hemos sido los señores de las naciones, mas no sufrir que ninguna de éstas intervenga en nuestros asuntos. ¿Quién osaría llamarse nuestro amo, ni quién tendría poder para ello? Volved a enarbolad las águilas que teníais en Ulm, en Austerlitz, en Jena, en Eylaz, en Wagram, en Friedland, en Eckmühl, en Smolensko, en la Moskowa, en Lutzen, en Wurtchen y en Montmirail. ¿Creéis que

pueda soportar su vista ese puñado de franceses hoy tan arrogantes? Volverán a los lugares de donde han venido, y allí, si quieren, reinarán como suponen haber reinado durante diecinueve años.

Vuestros bienes, vuestra posición y vuestra gloria, y la gloria, la posición y los bienes de vuestros hijos, no tienen enemigos más encarnizados que esos príncipes que nos han sido impuestos por los extranjeros. Sí, ellos son los enemigos de nuestra gloria, y como tales les condena la relación de tantas acciones heroicas como han enaltecido al pueblo francés combatiendo contra ellos para suscribirse a tan afrentoso yugo.

Los veteranos de los ejércitos del Sambre y Mosa, del Rhin, de Italia, de Egipto, del Oeste y del Gran Ejército se encuentran humillados, afrentadas sus honrosas cicatrices, calificadas de crímenes sus victorias. Estos valientes no serían más que unos rebeldes si, como suponen los enemigos del pueblo, había soberanos legítimos al frente de los ejércitos extranjeros. Los honores, las recompensas y las simpatías están reservados para los que han servido contra la patria y contra nosotros.

Soldados: venid a formaros bajo las banderas de vuestro jefe; su existencia está identificada con la vuestra; sus derechos no son sino los derechos del pueblo y los vuestros; su interés, su honor y su gloria no son otros que vuestra gloria, vuestro honor y vuestro interés. La victoria marchará a paso de carga, y el águila, adornada con los colo-

res nacionales, volará de uno en otro campanario hasta las torres de Nuestra Señora. Entonces podréis mostrar con orgullo vuestras cicatrices; entonces podréis vanagloriaros de vuestros hechos; seréis los libertadores de la patria.

En vuestra ancianidad, rodeados y apreciados de vuestros conciudadanos, os escucharán con respeto la narración de vuestras hazañas, y podréis decir con orgullo: “Yo también formaba parte de aquel Gran Ejército que franqueó dos veces las murallas de Viena, las de Roma, de Berlín, de Madrid y de Moscou, y que lavó la mancha arrojada sobre París por la traición y la presencia del enemigo.”

¡Honor a estos valientes soldados, gloria de su patria, y eterna vergüenza a los franceses criminales, sea cualquiera el rango que debieran a la fortuna, que combatieron hace veinticinco años al lado del extranjero para desgarrar el seno de la patria!”

* * *

Despidiéndose del Ejército, al abdicar la corona, después de la batalla de Waterloo. 26 de junio del mismo año 1815.

“Soldados:

Al ceder a la necesidad que me fuerza a alejarme del valiente Ejército francés, me acompaña la lisonjera certidumbre de que justificará los elogios que nuestros mismos enemigos no pueden re-

husarle, prestando los eminentes servicios que de él espera la patria.

Soldados: aunque lejos de vosotros, yo seguiré vuestros pasos. Conocedor de todo el Ejército, no habrá Cuerpo alguno al que no tribute la debida justicia por el valor que haya desplegado cuando obtenga algún señalado triunfo sobre el enemigo. La calumnia se ha ensañado contra nosotros. Hombrés indignos de apreciar vuestros hazañas han visto en las pruebas de adhesión que me habéis dado un celo del que yo era el solo y personal objeto; enséñenles vuestros futuros hechos de armas que al obedecerme servíais ante todo y sobre todo a la patria, y que, si alguna parte tengo en vuestro afecto, lo debo a mi ardiente amor por la Francia, nuestra madre común. Soldados: algunos esfuerzos más, y la coalición se disuelve. Napoleón os reconocerá en los golpes que vais a descargar.

¡Salvad el honor y la independencia de los franceses; continuad siempre como os he conocido durante veinte años, y seréis invencibles!”

CAMBRONNE

(GENERAL FRANCÉS.)

En la batalla de Waterl6o, al reunir a los pocos hombres que le quedaban de la división de la Guardia, intimado por los ingleses a la voz de “¡Ren-díos, valientes!”, contestó:

“La Guardia muere, pero no se rinde.”

MURAT

PROCLAMAS

Al Ejército de su mando, la víspera de entrar en Madrid para realizar el plan de Napoleón. 22 de marzo de 1808.

“Soldados:

Vais a entrar en la capital de una potencia amiga: recomiendo la mayor disciplina, el mayor orden y más grande miramiento con todos sus habitantes; es una nación aliada, que debe hallar en el Ejército francés a su fiel amigo y reconocedor a la buena acogida que ha tenido en las provincias que acaba de atravesar.

Soldados: espero sea suficiente la recomendación que os hago, y la buena conducta que hasta ahora habéis observado deberá garantirla; pero si aconteciese que algún individuo olvida que es francés, será castigado, y sus excesos se reprimirán severamente. En su consecuencia, mando:

Que todo Oficial que, olvidando sus deberes, cometa algún delito, será destituido de su empleo y entregado al juicio de una Comisión militar.

Todo soldado culpable de robo, ocultación o violencia, será pasado por las armas.”

* * *

El mismo día en que el pueblo madrileño corrió a las armas, poniéndose a su frente los Oficiales Daoiz, Velarde y Ruiz, que murieron defendiendo el Parque de Artillería. 2 de mayo de 1808.

“Soldados:

Mal aconsejado el populacho de Madrid, se ha levantado y ha cometido asesinatos; bien sé que los españoles que merecen el nombre de tales han lamentado tamaños desórdenes, y estoy muy distante de confundir con ellos a unos miserables que sólo respiran robos y delitos. Pero la sangre francesa vertida clama venganza. Por tanto, mando lo siguiente:

Artículo 1.º Esta noche convocará el General Grouchy la Comisión militar.

Art. 2.º Serán arcabuceados todos cuantos durante la rebelión han sido presos con armas.

Art. 3.º La Junta de Gobierno va a mandar desarmar a los vecinos de Madrid. Todos los moradores de la Corte que, pasado el tiempo preciso para la ejecución de esta resolución, anden con armas, o las conserven en su casa sin licencia especial, serán arcabuceados.

Art. 4.º Todo corrillo que pase de ocho personas, se reputará reunión de sediciosos, y se dispersará a fusilazos.

Art. 5.º Toda villa o aldea donde sea asesinado un francés será incendiada.

Art. 6.º Los amos responderán de sus criados;

los empresarios de fábricas, de sus oficiales; los padres, de sus hijos, y los prelados de conventos, de sus religiosos.

Art. 7.º Los autores de libelos impresos o manuscritos que provoquen a la sedición, los que los distribuyeren o vendieren, se reputarán agentes de Inglaterra, y, como tales, serán pasados por las armas.”

* * *

Después de los 140 fusilamientos decretados por la Comisión militar. 6 de mayo de 1808.

“Soldados:

El día 2 os fué preciso acudir a las armas para repeler la fuerza con la fuerza. Habéis hecho vuestro deber; satisfecho de vuestra conducta, he dado cuenta de ella al Emperador.

Tres soldados se han dejado quitar sus armas; ya no merecen estar en el Ejército francés, y se les ha declarado indignos de servir con vosotros.

Ahora está ya todo tranquilo. Los culpables o los que se dejaron seducir están castigados, o han conocido su error. Restablézcase, pues, la tranquilidad pública y échese un velo sobre lo pasado.

¡Soldados: renovad vuestras relaciones amistosas con el pueblo español.

Es acreedora a muchos elogios la conducta de las tropas españolas que se hallaban en esta Corte, y debe, por lo mismo, cimentarse cada día más

la buena inteligencia que ha reinado entre los dos Ejércitos.

Vecinos de Madrid, españoles de toda la Península: que descansen vuestro espíritu y deseche todo recelo infundido por los malévolos. Seguid vuestros negocios, vuestras costumbres, y no consideréis a los soldados del gran Napoleón, protector de las Españas, sino como unos soldados amigos, unos verdaderos aliados.

Los ciudadanos de todas clases pueden usar la capa, según su costumbre; nadie deberá detenerlos ni incomodarlos por este motivo."

SOULT

PROCLAMAS

Al Ejército francés de ocupación en España, como Lugarteniente de este Reino, nombrado por Napoleón durante la guerra de la Independencia. 3 de julio de 1813.

"Soldados:

Participo de vuestra tristeza, de vuestra pena y de vuestra indignación; conozco que recae sobre otro la censura de la actual situación del Ejército; tened vosotros el mérito de reparar su suerte. Ya he manifestado al Emperador vuestro valor y vuestro celo; sus órdenes son que desalojemos al enemigo de sus alturas, desde donde insolentemente

domina nuestros hermosos valles, y le arrojemos al otro lado del Ebro.

En el territorio español es donde vosotros debéis poner vuestros campamentos, y allí es de donde habéis de sacar vuestros recursos. No hay dificultad que pueda ser insuperable a vuestro valor y decidido celo. Haced que lleve la fecha de Victoria la relación de vuestros éxitos, y que se celebre en aquella ciudad el cumpleaños de S. M. el Emperador."

* * *

Al Ejército, como Ministro de la Guerra que era de Luis XVIII, con motivo de la vuelta de Napoleón de la isla de Elba. 8 de marzo de 1815 (1).

"Soldados:

Ese hombre que no ha mucho abdicó a los ojos de todo la Europa un poder usurpado de que tan fatal uso había hecho, Bonaparte, ha vuelto a pisar el suelo francés, que ya no debía ver más.

¿Qué es lo que quiere? La guerra civil. ¿Qué es lo que busca? Traidores. ¿Dónde los encontrará? ¿Acaso entre los soldados a quienes ha engañado y sacrificado tantas veces haciendo infructuoso su valor? ¿Acaso en el seno de esas mismas familias a quienes todavía llena de espanto su nombre?

(1) Algunas semanas después declaróse partidario del Emperador.

Bonaparte nos hace una injuria creyendo que podemos abandonar a un soberano legítimo y amado para participar de la suerte de un aventurero. ¡Y el insensato lo cree! Su último acto de locura, lo da a conocer así.

Soldados: el ejército francés es el más valiente de Europa y será también el más fiel.

Agrupémonos alrededor de la bandera de las li- ses a la voz de ese padre del pueblo, digno here- dero de las virtudes del gran Enrique. El mismo os ha trazado los deberes que tenéis que cumplir, y ha puesto a vuestro frente a ese príncipe, mode- lo de caballeros franceses, cuyo feliz regreso a nuestra patria arrojó al usurpador, y que hoy va a destruir con su presencia su sola y última espe- ranza.”

WELLINGTON

Proclama dada después de la batalla de San Mar- cial, durante la guerra de la Independencia. 13 de agosto de 1813.

“Guerreros del mundo civilizado:

Aprended a serlo de los individuos del cuarto ejército español que tengo la dicha de mandar.

Cada soldado de él merece con más justo moti- vo que yo el bastón que empuño; el terror, la arro- gancia, la serenidad y la muerte misma, de todo disponen a su arbitrio.

Dos divisiones inglesas fueron testigos de este

original y singularísimo combate, sin ayudarles en cosa alguna, por disposición mía, para que lle- vasen ellos solos una gloria que no tiene compañe- ra en los anales de la Historia.

Españoles: dedicaos todos a premiar a los in- fatigables gallegos; distinguidos sean hasta el fin de los siglos por haber llegado en desnudo y biza- rría adonde nadie llegó hasta ahora, adonde con dificultad podrán llegar otros y adonde sólo ellos mismos se podrán exceder, si acaso es posible.

Nación española: merced a la sangre vertida de tantos Cides victoriosos, 18.000 enemigos con una numerosa artillería, desaparecieron como el humo, para que no nos ofendan jamás.

Franceses: huid, pues, o pedid que os dictemos leyes, porque el cuarto ejército va detrás de vos- otros y de vuestros caudillos a enseñarles a ser soldados.”

LABEDOYERE

Arenga al 7.º regimiento de línea, del que era Co- ronel, para sublevarlo en el camino de Grenoble, a favor de Napoleón, cuando éste volvió de la isla de Elba. 7 de marzo de 1815.

“Soldados (mostrándoles el águila del regi- miento):

Esta es la enseña gloriosa que os guiaba en vuestras jornadas inmortales. El que tan a menu- do nos condujo a la victoria, avanza hacia nos-

otros para vengar nuestra humillación y nuestros reveses. Ya es tiempo de volar a cobijarnos bajo su bandera, que jamás ha cesado de ser la nuestra. Los que me amen, que me sigan. ¡Viva el Emperador!”

NEY

Proclama a la guarnición de Lons-le-Saulnier. 13 de marzo de 1815.

“Soldados:

La causa de los Borbones está perdida para siempre, y el trono va a ser ocupado por la dinastía legítima adoptada por la nación francesa; únicamente al Emperador Napoleón, nuestro soberano, es a quien corresponde reinar sobre nuestro hermoso país. Que la nobleza de los Borbones tome el partido de expatriarse otra vez o que consienta en vivir en medio de nosotros, poco nos importa; la causa sagrada de la libertad y de nuestra independencia no sufrirá su funesto influjo por más tiempo. Han querido envilecer nuestra gloria militar, pero se han engañado, porque es el fruto de hechos heroicos que jamás podemos olvidar.

Soldados: ya ha pasado la época en que se gobernaba a los pueblos ahogando sus derechos. La libertad triunfa, en fin, y Napoleón, nuestro augusto Emperador, la asegura para siempre. Que esta causa tan noble sea de hoy más la nuestra y

la de todos los franceses, y que todos los valientes que tengo la honra de mandar, graben esta verdad en su corazón.

Soldados: os he conducido muchas veces a la victoria; ahora voy a incorporaros a la falange inmortal que el Emperador Napoleón lleva a París, donde entrará dentro de pocos días, y donde habrán de realizarse para siempre nuestra esperanza y nuestra felicidad. ¡Viva el Emperador!”

DAVOUT

Proclama al Ejército durante la segunda restauración de los Borbones en Francia. 11 de julio de 1815.

“Soldados:

Los comisarios aseguran que no hay que temer reacción alguna; que las pasiones se acallarán; que los hombres y los principios serán respetados; que no habrá destituciones arbitrarias en el Ejército ni en otra clase alguna de la sociedad, y, finalmente, “que el Ejército será tratado cual cumple a su honor”, según las propias expresiones de los comisarios. Como prueba y garantía de su dicho anuncian que se ha nombrado Ministro de la Guerra al Mariscal Saint-Cyr; que el Duque de Otranto es Ministro de Policía, y que si éste ha aceptado el cargo es por estar seguro de que el Gobierno marchará por la senda

de prudencia y moderación de que el mismo Fouché ha dado ejemplo constantemente.

En tales condiciones, el interés nacional exige que el Ejército se reúna francamente al Rey, haciendo de buen grado y con energía modesta los sacrificios consiguientes, y si nuestras desgracias se agravasen, el Ejército debe continuar subsistente, siendo el centro de todos los franceses, sin exceptuar a los realistas más exagerados.

Unámonos, pues; estrechemos nuestros lazos, no nos separemos jamás, y seamos franceses. Sabéis que este sentimiento me ha dominado siempre de una manera exclusiva y no me abandonará hasta mi último suspiro. A este título reclamo vuestra confianza, estando tan seguro de merecerla como de alcanzarla.”

EL DUQUE DE ANGULEMA

Proclama al ejército francés antes de entrar en España para restablecer el sistema de gobierno absoluto de Fernando VII. 3 de abril de 1823.

“Soldados:

La confianza del Rey me ha colocado a vuestra cabeza para cumplir una noble misión. No es el espíritu de conquista el que nos hace tomar las armas; un motivo más generoso nos anima. Vamos a colocar de nuevo a un Rey en su trono, a que su pueblo se reconcilie con él y a restablecer

en un país que marcha hacia la anarquía, el orden necesario para la felicidad y la seguridad de dos Estados.

“Soldados: respetaréis y haréis respetar la religión, las leyes y las propiedades; así haréis fácil para mí el cumplimiento del deber que me he impuesto de conservar el imperio de la más severa disciplina.”

LAFAYETTE

Proclama a la Guardia Nacional de París, restablecida después de la revolución que derribó del trono a Carlos X. 30 de julio de 1830.

“Queridos conciudadanos y bravos camaradas:

La confianza del pueblo de París me llama una vez más para que me encargue del mando de la fuerza pública. He aceptado con reconocimiento y alegría los deberes que acaba de confiármese; lo mismo que en 1789, estoy seguro de contar con el apoyo de mis honorables colegas reunidos hoy en París.

No necesito hacer profesión de fe; mis sentimientos los conocéis todos.

La conducta del pueblo parisiense en estos últimos días de prueba hace que me encuentre orgulloso de hallarme a su cabeza. La libertad triunfará o pereceremos juntos.

¡Viva la libertad! ¡Viva la patria!”

NAPOLEON III

PROCLAMAS

Al desembarcar como pretendiente en Boulogne, para que el ejército se sublevara contra la Monarquía de Luis Felipe. 6 de agosto de 1840.

“Soldados:

Francia, que nació para mandar, obedece hoy, y vosotros, que sois lo más distinguido del pueblo, os veis tratados cual un miserable rebaño, por gobernantes que quisieran envilecer la noble profesión del soldado. Vosotros os indignáis y habéis preguntado qué se ha hecho de las águilas de Arcole, de Austerlitz y de Jena. ¡Mirad, soldados, esas águilas! Yo os las traigo; volvedlas a tomar, y con ellos tendréis gloria, tendréis honor y fortuna, y, lo que es más aún que todo, os haréis acreedores a la gratitud y al aprecio de vuestros conciudadanos.

Soldados: lazos indisolubles os unen conmigo; nosotros tenemos las mismas antipatías y las mismas afecciones; los mismos intereses y los mismos enemigos.

Soldados: la sombra del gran Napoleón habla por mi boca.

¡A las armas, soldados! ¡Viva Francia!”

* * *

Al disolver la Asamblea nacional, como Presidente de la República, por medio del golpe de Estado que preparó el restablecimiento del Imperio. 2 de diciembre de 1851.

“Soldados:

Envaneceos de vuestra misión y salvaréis a la patria, porque cuento con vosotros, no para violar las leyes, sino para hacer respetar la primera ley del país, la soberanía nacional, de la que soy su legítimo representante. Mucho tiempo hace que procurabais vencer los obstáculos que se oponían al bien que yo deseaba haceros y a las demostraciones de vuestra simpatía en mi favor; mas estos obstáculos ya han desaparecido. La Asamblea quiso atentar a la autoridad que he recibido de la nación entera, y la Asamblea ha dejado de existir. Apelo lealmente al pueblo y al ejército y les digo: O dadme los medios de asegurar vuestra dicha, o poned a otro en mi lugar. En 1830, como en 1848, habéis sido tratados como vencidos; después de haber visto mancillado vuestro heroico desprendimiento, se han despreciado vuestras simpatías y vuestros votos, sin embargo de que sois la flor de la nación. Hoy, en este momento solemne, quiero que el ejército se pronuncie definitivamente. Votad libremente como ciudadanos, pero como soldados no olvidéis que la obediencia pasiva a las órdenes del jefe del Gobierno es el deber riguroso del ejército, desde el General hasta el soldado.

Yo soy responsable de mis acciones ante el pueblo y la posteridad, y a mí me compete, por consiguiente, tomar las medidas que me parezcan indispensables al bien público. Continúad inalterables en las reglas de la disciplina y del honor.

Favoreced al país con vuestra actitud imponente, para que manifieste su voluntad con reflexión y calma. Aprestaos a reprimir cualquier tentativa que se haga contra el libre ejercicio de la soberanía del pueblo.

Soldados: no os hablo de los recuerdos que excita mi nombre, porque estos recuerdos están grabados en vuestros corazones. Estamos unidos con vínculos indisolubles; vuestra historia es la mía, y así como en lo pasado hay entre nosotros comunión de gloria y de infortunio, del mismo modo habrá en lo sucesivo comunión de sentimientos y de resoluciones para el reposo y grandeza de Francia."

GARIBALDI

PROCLAMAS

A sus voluntarios, después de la batalla de Calatafimi. 15 de mayo de 1860.

"¡Soldados de la libertad italiana!

Con unos compañeros como vosotros puedo intentarlo todo; os lo he demostrado poniéndoos delante de un enemigo cuatro veces más fuerte y

dueño de posiciones inexpugnables para otros que vosotros.

Confiaba en vuestras bayonetas y veo que no me he engañado.

Deplorando esta dura necesidad de combatir contra soldados italianos, confesemos que hemos encontrado en ellos una resistencia digna de mejor causa, lo cual debe llenarnos de regocijo, porque este valor es una prueba de lo que podremos hacer cuando estemos todos reunidos bajo la gloriosa bandera de la redención.

Mañana celebrará el Continente italiano la fiesta de vuestra victoria; victoria alcanzada por sus hijos libres y por los patriotas sicilianos.

Vuestras madres y vuestras prometidas están ya orgullosas de vosotros; mañana caminarán con la cabeza alta y la frente radiante.

El combate cuesta la vida de muchos hermanos queridos, pero muertos todos en la primera fila; los nombres de estos mártires de la causa italiana serán recogidos y esculpidos sobre las tablas de bronce de la Historia.

Yo señalaré estos nombres al reconocimiento del país, así como los de los valientes que han conducido al combate a nuestros jóvenes e inexpertos soldados, y que mañana conducirán de nuevo, sobre campos de batalla más ilustres, a los hombres que deben romper los últimos eslabones de la cadena de nuestra idolatrada Italia."

* * *

Al ejército de los Vosgos en la guerra franco-prusiana. 18 de enero de 1871.

“Cada día dan nuestros valientes tiradores francos a la República nuevos triunfos, mientras que nosotros, los viejos, correspondiendo a su impaciencia y a la nuestra, participamos de sus esfuerzos gloriosos. Vosotros, jóvenes defensores de la santa causa de la República, haréis comprender a sus enemigos la diferencia que hay entre los esclavos de un déspota y los campeones de la libertad.

Los terribles soldados del Rey de Prusia, tan orgullosos hace poco enfrente de un tirano, empiezan a ceder ante los nobles defensores del derecho y de la justicia, y vosotros, los elegidos, habéis recibido del destino la misión, no solamente de barrer del suelo de vuestra hermosa patria a los invasores, sino de establecer sobre bases indestructibles las doctrinas de la libertad y fraternidad de las naciones, lo que no ha podido hacerse en veinte siglos a causa de la unión tenaz y diabólica de los tiranos y del clero.

Los desastres sangrientos que Francia ha sufrido son una enseñanza dura y eficaz contra el siberitismo que los Reyes quieren imponer a vuestro noble país. La mentira y el soborno son el símbolo de estos malvados. La verdad y la justicia se ostentan en las oriflamas de nuestras jóvenes legiones, y la sangre, las lágrimas y la des-

esperación de dos grandes pueblos engañados han abierto esta nueva era, en la cual la familia humana olvidará las páginas sangrientas escritas con hierro e incienso por el Imperio y la serpiente negra que sirve a aquél de taburete. Al fin de mi vida tengo el orgullo de marchar a vuestro lado y de servir a la mejor de las causas, y confío en vuestro valor para llevar a cabo nuestra misión humanitaria.”

FEDERICO GUILLERMO DE PRUSIA

Proclama dada al comenzar la guerra francoprusiana. 31 de julio de 1870.

“Soldados del tercer ejército:

Nombrado por Su Majestad el Rey de Prusia General en jefe del tercer ejército, saludo a las tropas prusianas, bávaras, wurtemberguesas y badenses reunidas bajo mis órdenes. Me llena de gozo y orgullo marchar contra el enemigo a favor de la causa nacional común, del derecho y del honor alemán, a la cabeza de los hijos de todas las comarcas de la patria. Vamos a sostener una grande y ruda lucha; pero con la convicción de nuestro buen derecho y en la confianza de vuestro valor, perseverancia y disciplina, no puede dudarse del éxito victorioso. Continuemos, pues, firmes en nuestra hermandad de armas para desplegar nues-

tras banderas en nuevas victorias, para gloria y paz de la Alemania unida.”

EL PRINCIPE FEDERICO CARLOS

*Proclama dada durante la guerra francoprusiana.
27 de octubre de 1870.*

“Soldados del primero y segundo ejércitos:

Habéis librado batallas y habéis tenido cercado setenta días al enemigo, después de haberle vencido; setenta días largos, durante los cuales la mayor parte de los regimientos han adquirido más gloria y honor, sin que ningún día hayan menguado ni su honor ni su gloria. No habéis dejado ninguna salida al valiente enemigo hasta el día en que ha tenido que rendir las armas. Este día ha llegado. Hoy, por fin, ha capitulado ese ejército de 150.000 hombres, el mejor ejército de Francia, compuesto de más de cinco cuerpos de ejército enteros, entre ellos la Guardia Imperial con tres Mariscales de Francia, más de 70 Generales y 4.000 oficiales. Con el ejército ha capitulado la fortaleza de Metz, invicta hasta ahora. Con este baluarte, que restituimos a Alemania, hemos ganado innumerables provisiones de artillería, armas y material de guerra.”

GONZALO DE CORDOBA “EL GRAN CAPITAN”

A sus soldados al contemplar en Ceriñola la voladura de su polvorin.

“¡ Animo, muchachos; esas son las luminarias de la victoria!”

* * *

Arenga en la batalla de Ceriñola. 28 de abril de 1503.

“La honra y prez de la milicia, señores y soldados, con vencer a los enemigos se gana. Ninguna victoria señalada se puede ganar sin ningún afán y peligro. Los que estáis acostumbrados a tantos trabajos no debéis desmayar en este día, que es el en que habéis de coger el fruto de todo el tiempo pasado. La causa que defendemos es tan justificada, que cuando nos hicieran ventaja en la gente, se pudiera esperar muy cierta la victoria, cuanto más que en todo nos adelantamos y más en el esfuerzo de vuestros corazones, acostumbrados a vencer; la gana que mostrábad de venir a las manos y el talante, ¿ será razón que en tal ocasión la perdáis? Este día, si sois lo que debéis y soléis, dará fin a todos nuestros afanes.”

EL CARDENAL CISNEROS

Arenga ante los muros de Orán. 17 de mayo de 1509.

“Si yo pensara, soldados, que mis palabras fueran menester o parte para animaros, hiciera que algunos de vuestros capitanes, ejercitados en este oficio, con sus razones muy concertadas, encendiera vuestros corazones a pelear. Pero porque me persuado que cada cual de los que aquí estáis entiende que esta empresa es de Dios, enderezada al bien de nuestra patria, por quien somos obligados a aventurar todo lo que tenemos y somos, me pareció de venir sólo a alegrarme de vuestro denuedo y buen talante y ser testigo de vuestro valor y esfuerzo. La braveza, soldados, que mostrasteis en tantas guerras y victorias como tenéis ganadas, ¿será razón que la perdáis contra los enemigos del nombre cristiano, contra los que nos han talado las costas de España, robado ganado y hacienda, cautivado mujeres, hijos y hermanos, que ora están por esas mazmorras aherrojados, ora ocupados en otros feos y viles servicios, pasan una vida miserable, peor que la misma muerte? Las madres que nos vieron partir de España esperan por vuestro medio sus hijos; los hijos, sus padres; todos, postrados por los templos, no cesan de ofrecer a Dios y a los santos lágrimas y sos-

piros por vuestra salud, victoria y triunfo. ¿Será justo que las esperanzas y deseos de tantos queden burlados? No lo permita Dios, mis hermanos, ni sus santos. Yo mismo iré delante y plantaré aquella cruz, estandarte real de los cristianos, en medio de los escuadrones contrarios. ¿Quién será el que no siga a su prelado? Y cuando todo faltare, ¿dónde yo podré mejor derramar mi sangre y acabar la vida que en querrela tan justa y tan santa?”

HERNAN CORTES

Arenga a su ejército (1) en la isla de Cozumel, para decidirle a emprender la conquista de Méjico. Febrero de 1519.

“Cuando considero, amigos y compañeros míos, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás y cómo se nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra que emprendemos, y entiendo que en su altísima Providencia es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro Rey, que también es suya, a conquistar

(1) Componiase de 518 infantes, 16 jinetes y 119 entre maestros, pilotos y marineros, sin contar los dos Capellanes, el Licenciado Juan Díaz y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, religioso de la Orden de la Merced, que acompañaron a Cortés hasta el fin de la conquista.

regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales en que habréis menester socorridos de todo vuestro valor; miserias de la necesidad, inclemencia del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres y tan hijo del corazón como el primero, que en las guerras más sirve la paciencia que las manos. Hechos estáis a padecer y hechos a pelear en esas islas que dejáis conquistadas; mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía; que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. Pocos somos, pero la unión multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos míos, ha de ser el consejo en cuanto se revolviere; una, la mano en la ejecución; común la utilidad y común la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados. Más tendréis que obedecer en mi ejemplo que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí que me basta el ánimo a conquistar el mundo entero, y aun me lo promete el corazón con no sé qué movimiento extraordinario, que suele ser el mejor de los presagios. Así, pues, a convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad

esta confianza mía, pues se funda en que os tengo a mi lado, y dejo de fiar de mí lo que espero de vosotros."

QUIROGA

Proclama dada en San Fernando, como General en jefe de las tropas alzadas en las Cabezas de San Juan, para proclamar la Constitución de Cádiz. 5 de enero de 1820.

"Soldados:

Puesto al frente de vosotros por elección de los Oficiales del Ejército, voy a hablaros con la franqueza que debe existir entre compañeros de armas.

Nuestra España caminaba a su destrucción y vuestra ruina hubiera causado la de la patria; vosotros estabais destinados a morir, más con el fin de librar al Gobierno del terror que vuestro ardimiento le causa, que con el de conseguir el recobro de las colonias, empresa hoy imposible. Mientras tanto, vuestras familias permanecerían en la más vergonzosa esclavitud, bajo un Gobierno arbitrario y tiránico que dispondría a su capricho de las propiedades, de la existencia y de la libertad de los desgraciados españoles. Este Gobierno destruiría la nación y acabaría por destruirse a sí mismo, pero no es posible sufrirlo ya por más tiempo. Violento y débil a la vez, no puede inspirarnos más que indignación o despre-

cio, y para que la patria sea feliz, el Gobierno debe inspirar confianza, amor y respeto.

Soldados: vamos a emplear, para vuestro bien y el de nuestros hermanos, las armas que aseguraron la independencia de la nación contra el poder de Bonaparte; la empresa es fácil y gloriosa. ¿Existe un solo soldado español que se nos pueda oponer? No; en las mismas filas de los que el Gobierno se apresura a reunir, encontraréis hermanos que se nos unirán, y si algunos viles osaran volver sus armas contra vosotros, que perezcan como satélites de la tiranía e indignos del nombre de españoles.

Soldados: cuento con vosotros; sed dignos hijos de la patria, mostraos como lo que sois. Unión y disciplina, esto es lo que os recomiendo. Tendré la satisfacción de recompensar a los que se distinguan; pero si alguno faltara a su deber, probaré que no en vano se me ha confiado la autoridad, y que la energía de un Gobierno que marcha a su regeneración debe ser siempre superior a la de los déspotas.

Soldados: la victoria nos espera, y con ella la gloria y el premio que con munificencia nos dará la patria.”

EL PRETENDIENTE CARLOS V

PROCLAMAS

Al Ejército, desde Castellobranco (Portugal), para encender en España la primera guerra civil. 4 de noviembre de 1833.

“Carlos V a los Generales, Oficiales, Sargentos, Cabos y Soldados del Ejército:

Llamado por Dios para ocupar el trono español para defender su santa causa y hacer felices a mis pueblos, me esmeraré y desvelaré hasta conseguirlo, ayudado de los conocimientos y consejos de las personas de mayor instrucción y probidad, que siempre tendré a mi lado. No lo dudéis, estos son mis deseos y única ambición.

Quiero también llegar a tan dichoso término con una paz inalterable y sin que mi real ánimo, pacífico de suyo, se vea violentado a castigar sin disimulo a los que, desobedientes a mis paternales avisos, continúen obcecados y seducidos oponiendo resistencia a la legitimidad de mis derechos. No permita el Señor ponerme en tan apurado trance. Le pido, por el contrario, os inspire y llame a la conservación del honor adquirido juntamente con la lealtad y valor inseparables del carácter nacional, uniéndoos a vuestro Rey en la frontera de España, o a las divisiones o parti-

das que en muchas y diversas partes se han pronunciado a mi favor, a cuyos Jefes, Oficiales y Sargentos concedo el ascenso inmediato y el correspondiente sueldo a las mujeres e hijos de los que perecieron en tan justa lucha, y un grado a los que de vosotros se presentasen en el término de un mes que señalo, contado desde esta fecha, sin perjuicio de los demás a que vuestros esfuerzos y sacrificios os hagan acreedores en lo sucesivo; y a mis soldados, las distinciones y minoraciones de sus empeños en el servicio, que acordaré tan luego como la paz y circunstancias lo permitan.”

* * *

A las tropas carlistas, desde el cuartel general de Elizondo. 12 de julio de 1834.

“Soldados:

Se han cumplido mis deseos, estoy entre vosotros; tiempo ha que ansiaba este momento; conocéis mis constantes esfuerzos para conseguirlo. Mi paternal corazón rebosa en la más dulce satisfacción al contemplar vuestros gloriosos hechos, que serán transmitidos a la más remota posteridad.

Voluntarios y soldados: vuestros sufrimientos, vuestras fatigas, vuestra constancia, vuestro amor y vuestra adhesión legítima a mi real persona son la admiración de todas las naciones, que no saben cómo elogiar vuestra heroica conducta. Marche-

mos todos, y yo a vuestro frente, a la victoria; ella, si siempre me es dolorosa por ser sangre española la que se derrama, quiero conservarla, y por lo mismo acojo, desde luego, bajo mi regio manto, a los seducidos y engañados, que, dóciles a mi voz, depusieren las armas; mas si, lo que no espero, hubiese alguno que insista en su ceguera, será tratado como rebelde a mi real persona. Tan compasivo con los arrepentidos, será inexorable con los contumaces.

Y vosotros, fieles y valientes guerreros, reuníos todos en derredor de vuestro caudillo, vuestro padre. Reine entre vosotros la disciplina más severa; la más ciega obediencia a vuestros Jefes; en ella está la fuerza, y en la fuerza, la victoria que Dios prepara a la justicia.

Generales, Jefes y Oficiales, voluntarios y soldados: estoy agradecido a vuestros servicios relevantes, y no dudéis que sabrá premiaros vuestro Rey.”

GENERAL MINA

En la batalla del Olmo.

“¡Amigos míos! ¡ Sois españoles, y los franceses nos miran!”

PALAFOX

Contesta al parlamentario francés que le intima la rendición de Zaragoza.

“¡Guerra a cuchillo!”

ZUMALACARREGUI

Arenga a sus batallones navarros en Borunda, al ser atacados por el ejército liberal que mandaban los Generales Oráa y Lorenzo. 29 de diciembre de 1833.

“Navarros:

Ved ahí la horda revolucionaria que recorre nuestros hogares y los asola. Vuestros padres, hijos y hermanos, al sufrir tantas vejaciones, no se atormentan, porqué vive en su corazón la firme esperanza de que han de llevar el castigo de su maldad. Si hoy no los escarmentáis, la vergüenza debe cubrir vuestro rostro al presentaros delante de una amada esposa, de un querido padre o de vuestros tiernos hijos. Navarros: hoy es preciso que reverdezcan los laureles que en tantas victorias habéis recogido. Sea el sepulcro de los impíos este suelo ya regado con su sangre. Vale más no existir que existir llevando escrito en la frente el bal-

dón de cobardía. Todos los navarros han preferido la muerte a la ignominia. ¿Seremos nosotros menos? Nuestra patria, madre de tantos valientes, espera la libertad de vuestras bayonetas. No mereceréis ser navarros si hoy no se la dais. ¡Viva Carlos V!”

* * *

PROCLAMAS

Al ejército de la Reina, desde el cuartel general de Elizondo. 20 de abril de 1834.

“Soldados:

El genio del mal os arrastró inconscientemente hasta ponerlos en el borde del precipicio; su objeto, reducido tan sólo a armar españoles contra españoles para llevar adelante sus atroces planes, únicamente se complace en abrir nuevas heridas, sin haberse todavía cicatrizado las profundas que dejó el aciago tiempo del sistema constitucional.

Cuando las naciones extranjeras trataron en diferentes épocas de imponer el yugo de la servidumbre a la heroica España, vencidas de que sus esfuerzos no podían superar el valor de sus naturales, se valieron del mismo inicuo medio que hoy emplea la revolución; desengañaos: en el día todo se dirige a igual fin: reflexionad por un momento y fijad la vista en vuestra patria, haceos cargo de cuanto en ella pasa y veréis que el número de los que aman a Carlos V es infinitamente

superior al de los que quieren a una niña que no cuenta con más apoyo que el de unos hombres constantemente avezados a la relajación y al desorden. Convenceos que sobre hallarse ajena de derecho al trono, esos mismos que figuran defendérselo están muy lejos de pensar en la estabilidad de un Gobierno monárquico. No lo dudéis: siempre han sido enemigos de la monarquía y es imposible que ahora puedan ser sus defensores.

Volved, pues, del error en que os halláis: nuestro católico monarca Carlos V ama a todos los españoles como a sus más tiernos hijos, y su corazón paternal no puede sufrir el amargo dolor que le causa verlos bañados en sangre. Deponed esas armas, retiraos a vuestras casas y allí dedicaos tranquilamente a vuestros trabajos, y si pensáis no hallar en ellas seguridad, venid a las filas de la lealtad, donde seréis recibidos como hermanos. Yo os prometo en el real nombre del Rey nuestro señor y en uso de las regias facultades que se ha dignado conferirme con fecha 18 de marzo último, que seréis indultados por el crimen en que algunos habéis podido incurrir, de haber tomado voluntariamente las armas contra su soberanía, con tal que lo verifiquéis en el término de veinte días; esta promesa es sagrada e inviolable; aprovechaos de ella, y de este modo, libre la patria de los males que la estáis causando, recobrará su tranquilidad y volverá a ser admirada de la Europa entera.”

* * *

A las tropas carlistas de las Provincias Vascongadas y Navarra con motivo de haber dimitido Espos y Mina el cargo de Capitán general del ejército del Norte. 8 de abril de 1835.

“Bravos soldados, felicitémonos. El Dios de las batallas nos protege. Jamás su protección se ha manifestado de una manera más patente que ahora. De débiles que éramos nos ha convertido en fuertes; de tímidos, en audaces. El nos ha conducido por su mano protectora de victoria en victoria. El se ha servido de nuestras armas para abatir el orgullo de Sarsfield, del tránsito Quesada, de un Rodil coronado de laureles en Portugal. El ha querido, además, manifestar a Europa, por un hecho singular, que los defensores de la legitimidad de nuestro amado D. Carlos V de Castilla y VI de Navarra son bien dignos de la victoria. El nos ha presentado por contrario a Mina...”

Mina sólo podía balancear nuestra victoria. Mina sólo podía detener todavía sobre los bordes del abismo el trono vacilante de la débil criatura que la bajeza y el crimen quieren imponernos por Reina; él, que a la energía, a la actividad, a su talento militar reúne una colosal reputación y por sus venas corre sangre navarra. ¡Y, sin embargo, ha caído!...”

JERONIMO VALDES

Proclama dada en Vitoria al tomar el mando del ejército del Norte. 18 de abril de 1835.

“Soldados:

Llamado por la ilustre Reina Regente para ponerme a vuestra cabeza, es para mí un deber expresaros mi satisfacción al verme por segunda vez entre vosotros y sobre el mismo teatro donde he sido frecuentemente testigo de vuestro noble comportamiento.

En medio de la amargura que causa a todo buen español la continuación de esta guerra desastrosa, he visto con placer el buen espíritu de que estáis animados, las pruebas de valor y de constancia que os hacen olvidar las fatigas y las privaciones que os impone la defensa de los derechos legítimos de nuestra amada Reina, que están íntimamente enlazados a otros derechos tan preciosos para la nación, y que son la garantía de su felicidad, de su prosperidad y de sus libertades.

La augusta Reina Regente, deseando haceros saber por cuantos medios están en su poder cuán preciosos son vuestros servicios, me ha revestido de los más amplios poderes para recompensarlos según su importancia y como exige la justicia. Nada será más agradable para mí que satisfacer los

sentimientos de S. M., confiriendo recompensas y distinciones al valor, al talento y a todas las cualidades que caracterizan al mérito militar, tan digno de la estimación de S. M. y de la gratitud de la nación entera. Para proceder según mis instrucciones, hago saber lo siguiente:

1.º Todos los Oficiales del ejército de operaciones que antes del 1.º de enero del presente año han hecho la guerra en esta parte del Ebro y han dado pruebas de constancia, aplicación y asiduidad, sin haber recibido grado ni distinción, obtendrán el grado superior inmediato, si ya no tienen un grado mayor que el de su empleo efectivo. Los que se hallen en este caso serán preferidos para los empleos inmediatos.

2.º Obtendrán el grado de Subteniente todos los Cadetes y Sargentos primeros que hayan hecho el mismo servicio, con las mismas circunstancias expresadas en el artículo precedente. El Sargento segundo más antiguo de cada compañía será promovido al grado de Sargento primero.

3.º Serán condecorados con la cruz de San Fernando de segunda clase todos los Oficiales, y con la de Isabel II, los demás individuos de las guarniciones de Olazagoitia y Maeztu, sin perjuicio de las demás recompensas a que puedan tener derecho, ya en virtud de los artículos anteriores, ya por otros servicios que hayan prestado.

4.º Obtendrán su licencia absoluta aquellos a quienes falten dos años de servicio al fin de la campaña: los que en esta época estén más distan-

tes de su empeño, aun cuando no lleven más que un año de servicio, tiempo que se juzga necesario para hacer una nueva quinta y poner a los reemplazantes en estado de hacer el servicio conveniente.

Soldados: no necesito deciros que la mano que recompensa el valor y los sacrificios del guerreo castigará severamente las infracciones a la subordinación y a la disciplina, y que será inexorable cuando se trate de otros delitos que no quiero nombrar, pues degradan una profesión cuya base es el valor y para la cual es indispensable la resignación en las privaciones.

Compañeros de armas: la Reina Regente, la nación entera esperan que terminemos tan pronto como sea posible una guerra deplorable que compromete intereses tan sagrados. Vuestro valor y vuestro patriotismo me inspiran la justa confianza de que llenaréis los deseos de todos los amigos de la legitimidad y de la justicia que se interesan en los progresos de una sabia libertad, condición indispensable de la civilización y de las luces."

C A B R E R A

PROCLAMAS

Al ejército carlista de Aragón, desde el cuartel general de Cantavieja. 24 de noviembre de 1835.

"Voluntarios: ¡Viva el Rey!

Al encargarme del mando de las fuerzas exis-

tentes en este reino, suelo privilegiado de decisión y lealtad, con que la munificencia del Rey nuestro señor se ha dignado honrarme, no puedo menos de dirigiros mi voz y manifestaros los sentimientos que me animan en favor de la justa, santa y legítima causa que con tanta gloria como admiración defendemos.

Testigo desde el primer día de vuestras proezas y sufrimientos, no me considero digno de ponerme a vuestro frente; pero, sumiso a las órdenes de nuestro amado soberano, os prometo el sacrificio de mi reposo y existencia, y os probaré, con la ayuda de Dios, que deseo corresponder a la augusta confianza que me dispensa el mejor de los monarcas. Grande es, sin duda, la empresa que me propongo, y ciertamente desconfiaría de su buen éxito si no contase con vuestro valor, vuestros sacrificios y decisión, con la espontánea cooperación del país y con la justicia de la causa.

No lo dudéis, valientes e invencibles voluntarios: vuestras armas serán el azote de los que cobardemente cebaron las suyas en inocentes sacerdotes, pacíficos paisanos, débiles mujeres y carlistas indefensos.

Voluntarios: unión, valor, subordinación y confianza en vuestros jefes; amor y protección al país que nos sostiene y contempla. Con estas bases conseguiremos el aprecio de nuestros conciudadanos y vengaremos el ultraje hecho a nuestra santa religión y veneradas leyes, colocando en el

trono de sus mayores a nuestro idolatrado y legítimo Monarca.

Voluntarios: sea nuestro lema ¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey! ¡Viva la Patria!”

* * *

A las fuerzas carlistas de Cataluña al hacer su entrada en España para sostener la causa de Montemolín. 23 de junio de 1848.

“Voluntarios:

El clarín y la corneta os llaman. ¿Deseáis saber el motivo de este llamamiento?

Un príncipe avaro, mezquino, falso y corruptor, aprovechándose de nuestras disensiones civiles, en unión con una princesa degradada, hicieron objeto de especulación mundana el trono católico de los Alfonsos y Fernandos, y en las tinieblas de la noche—porque las noches casi siempre fueron protectoras de los grandes crímenes— echaron los fundamentos de su inicua obra por medio de una combinación matrimonial. Por consecuencia de ésta, la corona que sobrepujara en brillo a todas las del universo, así por las excelsas virtudes de los grandes hombres que las llevaron, como por la mucha sangre que derramaron nuestros padres por conservar la ilesa, pretenden que pase desde las sienas femeninas que contra derecho la ciñen, a las de un extranjero sin crédito, sin valor y has-

ta sin título alguno de merecimiento (1). Ya la Francia, avergonzada de tener a su cabeza al autor de tan innoble trama, le expulsó de su suelo, mientras que nosotros, españoles, aun reputados de más altivos, conservamos en el nuestro y en el apogeo de su influencia a la autora y en el poder a todos los cómplices, empeñados más que nunca en explotar el fruto de tan vil mercado.

Levanto la bandera de D. Carlos Luis de Borbón, legítimo rey, y de la independencia española, encareciéndoos que veáis en los compatriotas pacíficos, cualquiera que sea su opinión, un padre, un amigo, un protector, y en cada enemigo rendido, un hermano, un compañero.

Jamás olvidéis que la sangre es el tesoro más precioso de las naciones, y que la clemencia debe ser siempre nuestra divisa, pues los límites de España son bastante espaciosos para poder contener a todos sus hijos y la tierra suficiente fértil para mantenerlos (2).”

(1) Se refería a Montpensier.

(2) Un historiador, comentando esta proclama, cuya moderación pugna con la conducta seguida por Cabrera durante la primera guerra civil, consigna que, indudablemente, había influido mucho en aquel caudillo su roce con los pueblos extranjeros. Cabrera, al emigrar de España en 1840, estuvo viviendo en varios puntos de Francia e Inglaterra.

LUIS FERNANDEZ DE CORDOVA

En Mendigorria.

“¡Compañeros! Vais a combatir delante de la Legión extranjera y a demostrar cómo vencen y perecen los españoles.”

PROCLAMAS

*Al ejército del Norte, como General en jefe del mismo, antes de librarse el combate de Arlabán.
16 de enero de 1836.*

“Compañeros:

Confiado y orgulloso el enemigo sobre la cordillera de Arlabán, parece retar nuestro esfuerzo, olvidando los escarmientos que recibió en tantas otras posiciones más célebres. Yo he recogido el guante, y para satisfacer vuestro ardimiento os conduzco al combate, es decir, a la victoria.

Que todos y cada uno recuerden hoy las mayores obligaciones que hemos contraído con la patria, con el trono y con la reputación de este valiente ejército: ella es nuestra honra y nuestra vida, pero los grandes elogios y premios recibidos servirán a labrar nuestra afrenta si brillase, soldados, un solo día aciago en que pudiéramos

perder los buenos títulos con que supo conquistarlos vuestro valor y vuestra constancia.

Compañeros: no os pido vuestra confianza; sé hasta dónde son grandes en este punto mis obligaciones con el Ejército; pero sí que observéis aquel orden perfecto que asegura el triunfo en los combates y honra las armas en todas circunstancias.

Valientes y generosos extranjeros que venís a pelear por los progresos de la civilización (1): vamos poseídos de una generosa rivalidad; a ver a qué nacionalidad adjudica hoy la fortuna sus favores, la victoria su mejor corona. Mi corazón la desea y la disputa para los soldados de mi patria, es cierto; pero mi equidad la adjudicará a los que, más lisonjeados por la suerte, tengan mejor ocasión de merecerla. El lazo que ha unido nuestros esfuerzos e intereses iguala los derechos de todos los que combaten por la causa de la libertad.

Soldados españoles: vamos a conducirnos como los soldados veteranos que tuvo ella en Europa.”

* * *

Al ejército carlista. 20 de mayo de 1836.

“Soldados:

¡Hasta cuándo, víctimas de una ciega y fatal

(1) Formaban parte del ejército liberal del Norte una legión británica y otra francesa.

credulidad a las ya usadas mentiras de vuestros jefes y a sus nunca cumplidas promesas, os dejaréis arrastrar por su violencia y consentiréis que vuestros padres y familias sean tratados con la más atroz barbarie para reteneros en las filas de los que vuestros seductores llaman *voluntarios*? ¿Hasta cuándo rehusaréis el testimonio de vuestros mismos ojos, de vuestra propia razón y memoria, para depositar vuestra fe en esos mentidos papeles con que os esclavizan y engañan, y dejaréis a vuestros jefes que destruyan la prosperidad y el bienestar de estas privilegiadas y virtuosas provincias y la felicidad de toda España, que siempre fué amante de ellas? ¿Qué podéis esperar cuando al cabo de dos años y medio de verter vuestra sangre no osan ya bajar vuestros alucinadores de esos riscos y montañas, porque nada tienen que oponer a tres mil caballos cuyo poder conocéis, cuyas lanzas habéis tantas veces probado?

Soldados: medita y recordad vosotros mismos los hechos. Cuando más os hacían confiar en el triunfo, veis brotar por todas partes millares de nuevos soldados en nuestras filas: legiones brillantes que hoy se están duplicando representan el interés por nuestra causa de dos naciones grandes e invencibles que miran aquélla como suya. Y vuestros padres están arruinados; vuestras casas, asoladas; vuestros campos, yermos, y vuestro mismo sustento es tan malo y escaso, que media ración os hace el día venturoso comparado a los

muchos que pasáis sin ninguna. ¿Dónde están esos auxilios extranjeros que os han prometido tantas veces vuestros tiranos? Vinieron, sí, pero están en nuestras filas. ¿Dónde esos tesoros que han dado los pueblos o que hace años deben llegar todos los días? En la imaginación o en los cofres de vuestros caudillos, que, engordando y especulando con vuestra sangre, especulan sobre vuestra ruina y abusan de vuestro candor y creencia. Pero mejor que yo mismo, sabéis ya vosotros que sois víctimas de la mentira y el fraude, que vuestra voluntad está encadenada por la vergonzosa y horrible tiranía de los que, titulándose campeones de la religión, condenan a vuestros parientes, con afrenta de los usos de un pueblo cristiano, a responder de vuestras personas. ¿Qué se ha hecho de la flor de estas provincias, esa brillante generación que fertilizaba estos campos, animaba vuestra industria y derramaba la comodidad y la riqueza en este hoy desventurado suelo? La guerra lo ha devorado todo; todo lo ha sacrificado a la elevación de unos pocos ambiciosos, y la guerra está hoy más desesperada que nunca para vuestra causa; para la elevación de aquéllos pereció todo, y la suerte de los que habéis quedado es peor que la de aquellos que ya murieron, pues es, como vuestra recompensa, el palo, la miseria y la muerte en un asqueroso hospital.

Soldados: jamás os dirigí mi voz, ni lo hice a vuestros padres sino para ofrecerles consuelo y protección, a fin de aliviar sus sacrificios. Los sol-

dados y Jefes de la Reina os aman, os compadecen, y os combaten, no como a enemigos, sino como a hermanos extraviados, como a bizarros compatriotas de quienes es preciso repeler una agresión ingrata e injusta; y la mejor recompensa de nuestro triunfo sería el perdón y la reconciliación que os volviesen al seno de la patria para gozar de los beneficios de hombres libres, de las dulzuras de la paz y de las bondades de una Reina angelical, de quien vosotros seríais el más firme apoyo si conocieseis las gracias e inocencia, la dulzura y la afabilidad de su digna y augusta madre.

Soldados: ¿hasta cuándo, en fin, ha de correr a torrentes la sangre de una nación grande, heroica y cristiana? Yo os ofrezco asilo y amistad: vosotros seguiréis eligiendo vuestra suerte al deponer las armas. Los muchos de vuestros camaradas que ya las han presentado, o se hallan bien pagados, asistidos y contentos en los filas en que han querido ingresar, distinguiéndose por su valor, o descansan tranquilamente en sus hogares y trabajan en sus oficios al lado de sus familias consoladas. Venid, pues, a mí: yo os acogeré con la bondad que siempre os he acogido. Una lucha inútil debe ser para vosotros tan penosa y funesta como lo es para la patria. Todos somos hermanos, todos hemos llevado muchos siglos con gloria y orgullo el nombre de españoles: por él hemos combatido y vencido siempre juntos.

Y vosotros, soldados de la Reina, que, prisione-

ros o desertados de nuestras filas, para evitar un castigo correccional o por un momento de error y despecho tenéis que ocultar vuestra vergüenza y arrepentimiento en las filas de la rebeldía, yo lo acepto, y, en nombre de S. M. y de la patria, os perdono si, abandonando esas hordas criminales, corréis a las banderas de la libertad que resuerte, y que el temor del castigo solamente os impide volar a abrazar a vuestros camaradas. Hacedlo sin temor; tenéis la palabra de vuestro General.”

ESPARTERO

ARENGAS

A los batallones de Soria y Extremadura en el puente de Luchana. 24 de diciembre de 1836.

“Compañeros:

La noche de este día está destinada para cubrirnos de gloria y para dar a conocer a los enemigos y al mundo entero que somos dignos de empuñar estas armas que la nación nos ha confiado. Habéis sufrido con la constancia más laudable los trabajos y privaciones que ofrecen dos meses de campamento en medio de la estación más cruda del año. La patria y la Reina necesitan que esta noche hagamos el último esfuerzo. Los soldados valientes como vosotros no necesitan más que un cartu-

cho; ése sólo se disparará en caso necesario, y con las puntas de nuestras bayonetas, tan acostumbradas a vencer, daremos fin a tan grandiosa empresa, batiremos a los enemigos de nuestra idolatrada Reina, los arrollaremos, y tanto vosotros como yo, que soy el primer soldado, el primero delante de vosotros, los veremos morir o abandonar el campo llenos de oprobio y de ignominia, corriendo precipitadamente a ocultarse en sus encumbradas guaridas.

Marchemos, pues, al combate; marchemos a concluir la obra, a recoger la corona de laurel que nos está preparada; marchemos, en fin, a salvar y a abrazar a nuestros hermanos, esos valientes que con tanto denuedo han imitado nuestro ejemplo defendiendo la causa nacional dentro de los muros de la inmortal Bilbao.”

* * *

A varios regimientos del ejército del Norte en Miranda de Ebro, adonde fué para descubrir y castigar a los soldados del provincial de Segovia que asesinaron al general Ceballos Escalera. 30 de octubre de 1837.

“Soldados:

Os he reunido en este sitio para hablaros de un suceso inaudito, de un hecho escandaloso, que, empañando el honor del ejército español, eclipsa sus glorias, excita mi indignación y atormenta mi

alma de una manera inexplicable. Compañero vuestro en los infortunios, en las privaciones, y siempre el primero en los combates, prefiero mil géneros de muerte antes que consentir que vuestro honor se mancille, porque vuestro honor es el mío, así como mi sangre es la vuestra. ¡Sangre preciosa, tantas veces prodigada en los campos de batalla!

Vosotros me serviréis de égida, de coraza, ¿no es verdad? (*¡Sí, sí!*) Pues bien; unidos todos seremos invencibles, y de tan íntima unión entre el caudillo y sus valientes soldados es feliz resultado la serie de victorias que acabáis de conseguir. Pero el dulce recuerdo de tantos infortunios, de acciones tan heroicas, se acibara al contemplar un crimen digno del mayor castigo, un delito que no tiene igual en los fastos de la milicia. Escuchad:

Era la noche; un fúnebre ensueño ocupaba mis sentidos; la feroz discordia que peina serpientes por cabellos se agitaba alrededor de cuanto veía, produciendo por doquier el terror y la desolación. En medio de tan triste cuadro se me presentó una sombra ensangrentada..., despedazado su cuerpo. Creí oír entonces una voz que me decía: *Repara mi agravio, salva a la patria...* Ofrecí hacerlo. ¿Y sabéis quién era? Mi constante amigo el ilustre General Ceballos Escalera, aquel valiente, terror de los enemigos de nuestra santa libertad, aquel honradísimo español, aquel decidido patriota, aquel héroe incansable que tanto trabajó por conducirnos a la victoria en la terrible noche de Luchana...

¿Os acordáis? Pues bien... ¡ya no existe! Allí (y señalaba hacia Miranda con la espada que tenía en la mano), allí unos cuantos asesinos, pagados por los agentes de don Carlos, clavaron el alewoso puñal en el corazón de un hijo predilecto de la patria; allí la más sagrada de las causas perdió uno de sus mejores defensores; allí el trono de nuestra inocente Isabel se conmovió al faltarle una de sus más fuertes columnas; allí os arrebataron un amigo digno de serlo vuestro, porque lo era mío; allí el Príncipe rebelde consiguió una brillante victoria con la terrible muerte de un poderoso enemigo, y allí, por último, los manes humeantes de la ilustre víctima claman venganza... ¡Sombra querida de mi recomendable amigo!...

La espada de la ley, sostenida por las invencibles bayonetas de mis camaradas, va a caer como el rayo sobre las culpables cabezas de los cobardes asesinos. Sí, soldados; entre vosotros se hallan los perpetradores de tan atroz delito: el aire que respiran está infestado por su pestífero aliento; vais a conocerlos; vais a presenciar su muerte.

Los oculta ese regimiento. (Dirigiéndose con los ojos y con la actitud al provincial de Segovia.) En esas filas se ocultan los abominables asesinos que dieron muerte a su General; que los delaten inmediatamente sus mismos compañeros, y si por este medio no se consigue descubrir a los criminales..., sea diezclado en el acto el regimiento provincial de Segovia.

¡General jefe de Estado Mayor: disponed que se lleve a efecto lo que acabo de prevenir!”

* * *

Después de hacer fusilar a diez de los asesinos, sin darles más tiempo que el necesario para recibir los auxilios espirituales y de disolver el Cuerpo en que servían.

“Soldados:

La víctima está vengada; los manes de vuestro desgraciado General están aplacados. Nuestro honor vuelve a aparecer brillante y terso como el sol; una mancha lo había empañado, pero, lavada con sangre, acaba de desaparecer, y ya somos dignos soldados del ejército de la libertad.”

* * *

*A la Milicia Nacional y a la guarnición de Madrid, en la revista que les pasó, como Regente del Reino, antes de su salida de la Corte para combatir la insurrección mitar a cuyo frente se pusieron Narváez, Concha, Serrano, Prim y Aspíroz.
16 de junio de 1843.*

“Nacionales y soldados:

Hoy os dirijo mi voz, no como el soldado ciudadano que, ayudado de vuestro valor y patriotismo, enarboló la bandera de la patria, de la Rei-

na y de la Constitución, y supo llevarla de victoria en victoria hasta destruir los enemigos que la combatían. Hoy os habla Baldomero Espartero, el hijo del pueblo, nombrado Regente del Reino por la voluntad nacional. Yo juré entonces guardar el sagrado depósito de la vida de nuestra Reina, la Constitución de la Monarquía, y yo no he faltado ni faltará nunca a mis juramentos. Los que lo contrario dicen, los que lo contrario vociferan, me calumnian.

Nacionales y soldados: la voluntad nacional es mi voluntad; yo me someteré siempre a ella; yo entregaré el sagrado depósito de la Reina y de la Constitución con la misma solemnidad que lo he recibido. Pero pretender que lo entregue a los furros de los motines, del despotismo y de la anarquía..., eso no. Primero la anarquía y el despotismo pasarán sobre el cadáver de este soldado, que no tiene más aspiración ni desea más gloria que la gloria de su patria.

Nacionales y soldados: la patria cuenta con nosotros; nosotros corresponderemos a su confianza.
¡ Viva la Reina! ¡ Viva la Constitución! ¡ Viva la independencia nacional!

* * *

PROCLAMAS

Al ejército del Norte, después del combate de Luchana, que hizo levantar el sitio de Bilbao. 25 de diciembre de 1836.

“Soldados:

Cuanto pudiera decir en vuestro elogio, lo dirá el mundo entero cuando se divulgue la batalla que habéis ganado, las líneas que habéis vencido y el pueblo que habéis libértado.

Mi corazón, enajenado de placer viendo cumplidas mis esperanzas, fijas sólo en el valor que os ha hecho inmortales, no me permite desenvolver las ideas ni encontrar palabras suficientes para describir el inaudito triunfo que mi gratitud desea bosquejar.

El memorable día 24 amaneció tempestuoso. El silbo del huracán, la copiosa nieve, el interpolado granizo, en vez de amilanaros, aumentó vuestro ardimiento y el ansia de volar por el laurel que ya os corona. En el campamento de vuestras conversaciones, vuestro deseo de celebrar la Nochebuena en la plaza de Bilbao. Con soldados poseídos de tal espíritu, ¿qué empresa podía dudar acometer el General que había prometido conducirnos a la victoria? Era preciso esperar la marea para que la expedición flotante salvase por la ría el puente cortado de Luchana. Llegó la hora de las cuatro de la tarde; las compañías de Cazado-

res, mandadas por el bizarro Comandante Ulibarrrena, ejecutaron su embarque; las trincaduras de nuestra Marina protegían el convoy, y las baterías inglesas y españolas, con las fuerzas colocadas de antemano en la torre de Luchana, favorecían el desembarco.

En aquel momento, una nube de copiosa nieve y densa niebla impedía distinguir los objetos. Sin embargo, las tropas, entusiasmadas con el eco del cañón y los toques de las cornetas, hacíanse percibir con sus no interrumpidas aclamaciones a la Reina y a la libertad. Saltar en tierra, tomar la batería del camino, arrollar al enemigo, trepar al monte de Cabras y tomar también su batería, fué obra de un cuarto de hora. Pero estas compañías eran fuerza insignificante para romper las fuertes líneas enemigas. El puente de Luchana debía restablecerse para facilitar el paso de las tropas. Los materiales dispuestos consintieron a la actividad de nuestros Ingenieros hacerlo rápidamente y con toda solidez, mas el enemigo acudió a disputar las formidables alturas. Lloremos, soldados, la pérdida de tanto valiente de la bizarra segunda división, que cumplió la promesa de morir antes que retroceder. Fué preciso reforzarla.

El momento, después de tantas horas de mortífero fuego, llegó a ser bien crítico: la presencia de vuestro General en jefe debía ser necesaria. Yo volé al sitio del encarnizado combate, y a la cabeza de los batallones de la brigada del valiente Minuisir, dirigí la carga que había de decidir la

victoria. Ella me fué presagiada desde que os hablé, y fuí correspondido por vosotros con entusiasmo. Encomiemos el mérito de esta columna, que, sin disparar un tiro, arrolló a la bayoneta las fuerzas rebeldes de la culminante cordillera de Banderas, apoderándose de la batería que había causado tantos estragos y de las sucesivas posiciones hasta entrar en Bilbao. Despreciemos a algún cobarde, entre tanto héroe, que no supo imitaros, y cuyo castigo me reservo por exigirlo la justicia.

Soldados: el orgullo de treinta batallones ha sido hollado y abatido por vuestra bravura. Muchos prisioneros, veinticinco piezas de artillería, la mayor parte de grueso calibre; sus cuantiosas municiones, inmenso parque, brigadas, almacenes, hospitales, todo, en fin, fué presa de vuestro valor. La heroica Bilbao, su guarnición belicosa y sufrida, no creyó que sus libertadores eran los que al amanecer del 25 coronaban el alto de Banderas y arrojaban de Olaveaga a las hordas liberticidas,

Al dirigiros mi voz en Portugalete prometí conducirlos a la victoria; vosotros ofrecisteis prodigar vuestra sangre. He cumplido, y llenasteis vuestra promesa. Resta dar las recompensas a los que han tenido más ocasión de distinguirse, y estos premios los veréis en la orden general de mañana.

Compañeros: grandes, de suma trascendencia son las ventajas conseguidas; recibid mi gratitud y preparaos a sacar todo el fruto de la memora-

ble batalla que habéis conseguido después de tanta acción parcial y de cuarenta días de operaciones penosas. Disponéos para los nuevos triunfos que os aguardan. Envanecido de conducirlos a ellos, sabré tributar el premio que honra a los valientes.”

* * *

A las tropas de su mando, después de haber derrotado y perseguido al Pretendiente, cuando éste realizó su expedición sobre Madrid, obligándole a regresar a las Provincias Vascongadas. 25 de octubre de 1837.

“Soldados:

La campaña de las Provincias, donde tuvo la audacia de penetrar el Príncipe rebelde, ha sido terminada con gloria. Vosotros habéis excedido a mis deseos con valor, constancia y resignación para abatir al enemigo, arrostrar las fatigas y sufrir las privaciones. Tantas virtudes no podían menos de proporcionar un premio digno de tales soldados, cual es el triunfo sobre las hordas del Pretendiente; de los caudillos de hombres que han manchado con mil crímenes el suelo que intentaron subyugar. Vosotros, tan intrépidos como sufridos, los habéis lanzado, librando a vuestros pueblos y familias de la tiranía y del oprobio; los habéis arrollado dondequiera que, a fuerza de marchas penosas, han sido obligados al combate; los

habéis arrojado de los bosques, guaridas propias de las fieras; los habéis, en fin, hecho regresar al país rebelde, del que salieron orgullosos. Allí ocultarán, si pueden, su vergüenza. Pero aún allí debe alcanzaries la justa maldición de tanta víctima y el castigo de sus atrocidades. Ese país que los abriga es bien conocido. En él os esperan nuevos laureles.

Compañeros y apreciables camaradas: es preciso marchar a destruirlos para extinguir el foco de insurrección, para dar la paz y consolidar el trono de Isabel II y la Constitución de 1837, que hemos jurado defender.

Soldados: si hemos de conseguirlo, si habéis de merecer el renombre de libertadores de la patria, es necesario que vuestro ánimo no decaiga jamás, ni por las fatigas ni por las privaciones. Es preciso, sobre todo, que sea vuestro norte la disciplina; ella da siempre la victoria. ¿Habrá entre vosotros un solo que, faltando al más sagrado de nuestros deberes, se la ofrezca al enemigo? Vuestro General no lo espera; mas si lo hubiese, indigno entonces de mi cariño y mal camarada vuestro, sería entregado al rigor de las leyes militares.

Compañeros: yo os doy las gracias por vuestro heroico comportamiento; la nación os admira por lo que habéis hecho y espera que ejecutaréis, y el Gobierno de Su Majestad premiará con mano franca a los que más motivos han tenido de distinguirse.

Soldados: siempre velaré por vuestro bien y por presentaros ocasión de nuevas glorias.”

* * *

Al ejército del Norte, después del castigo impuesto a los autores del asesinato del general Ceballos Escalera. 30 de octubre de 1837.

“Soldados:

La sublevación del regimiento provincial de Segovia en Santander en 9 de agosto último; la sombra sangrienta del dignísimo General don Rafael de Ceballos Escalera, sacrificado cobardemente por una turba de asesinos sublevados en esta misma villa (1) en 16 del propio mes; la espantosa brecha abierta a la disciplina militar, único lazo de que pende la esperanza de la patria; el feo borrón de ignominia que tan inaudito atentado infería en la acrisolada reputación de este benemérito ejército, y, en fin, el clamor de la nación angustiada con ver impune un crimen atroz, que minaba por su base las instituciones sociales, todo esto exigía de mí, como de vuestro General en jefe, una pública vindicación. El día de hoy la ha visto del modo más auténtico y solemne.

Los asesinos del héroe inmolado han sido en número de diez pasados por las armas. Estas han lavado la mancha que oscurecía el terso renombre del ejército. El brazo de la justicia militar

(1) Miranda de Ebro.

alcanzará también a los que no se hallaban hoy en este cuartel general.

Treinta y seis de menos criminalidad, aunque cómplices en el hecho, salen hoy para el presidio de Ceuta, condenados por toda su vida, y el provincial de Segovia, que abrigó en su seno estos malvados, ha sido disuelto al frente de las divisiones de la Guardia Real, de Infantería, segunda y tercera, Caballería y baterías rodada y de montaña. Sus Jefes, Oficiales y Sargentos, que no tuvieron la suficiente energía para morir defendiendo a su General en jefe y la integridad de la disciplina, marchan a disposición de Su Majestad, y la tropa, quedando los Cabos y soldados, ha sido diseminada en todos los Cuerpos, para que en todos se recuerde la memoria de este día.

Este acto de expiación, que reclamaban imperiosamente tan fuertes consideraciones, repugna, como todo castigo, a mi corazón, que os ama y aprecia vuestras virtudes; pero era indispensable, y si lo he diferido hasta hoy, ha sido por la activa persecución que hemos terminado, y porque deseaba que tuviese lugar la pena donde se perpetró el crimen. En vuestros rostros he visto con placer, mientras se ejecutaba, la satisfacción que os causaba el presenciar la reparación solemne de la nota que gravitaba sobre el ejército, y el castigo de los que os robaron un General, un hombre a quien amabais y a quien siempre visteis a vuestro frente en los peligros y en la senda de la victoria. Una diputación de Sargentos de todas las

armas ha venido al concluirse el acto a darme las gracias, en nombre de sus clases y con permiso de sus jefes, por el castigo de los criminales, y este hecho de amor a la disciplina ha inundado de júbilo mi corazón. Con soldados como vosotros nada es imposible. El tirano y sus hordas se estremecerán en sus guaridas, y la patria os verá el alzarse gloriosa sobre los despojos de sus alevos enemigos.

Alerta, soldados: estos enemigos tienen perdida la esperanza de venceros en los combates, y todos sus esfuerzos se cifran ya sólo en desunirnos e introducir en nuestras filas la discordia y la indisciplina. Ellos pagaron, sin duda alguna, los puñales que nos arrebataron a nuestro digno compañero Escalera; y esos que habéis visto hoy fusilados no han sido sino instrumentos miserables del brazo vil de nuestros enemigos. Alerta, pues; y si alguno, bajo cualquier máscara que sea, se introdujese entre vosotros pretendiendo relajar los lazos de la unión y disciplina que indudablemente nos han de llevar a la victoria, denunciádmelo..., yo mismo lo haré menudos fragmentos. Esos instigadores ocultos son víboras que envenenan, que desgarran alevosamente el seno de la patria. Yo confío en vuestra vigilancia. Sed cada uno un centinela de los más caros intereses de esta nación desgraciada, y el que se atreva a acercaros con siniestras miras..., ¡que tiemble!

El ejército español es puro, es leal, es incorruptible, y es un muro de bronce contra el cual,

ya que nada pueden las bayonetas de don Carlos, tampoco prevalecerán sus rastreras e insidiosas maquinaciones.

Así lo espera de vosotros, lleno de confianza, vuestro General en jefe."

* * *

Al ejército de Aragón y Cataluña, después de haber batido a Cabrera en Berga, haciéndole retirarse a Francia, con lo cual quedó terminada la primera guerra civil. 7 de julio de 1840.

"Soldados:

La gloriosa campaña de Aragón, concluída con la conquista de Morella, debió haber puesto fin a la guerra fratricida, si los hijos bastardos de nuestra patria, si esos hombres sanguinarios por sistema, si esos monstruos, azote de la humanidad, fuesen capaces de abrigar un sentimiento que los retrajera del camino del crimen. Ellos, sin embargo, al ver perdida la causa que sirvió de ostensible pretexto a sus robos, incendios y asesinatos, procuraron en su desesperación hacer el último esfuerzo.

El feroz Cabrera, huyendo con parte de los suyos, creyó poder ocultar su derrota y dar nuevo ser a las facciones catalanas, mientras que desatacando a Castilla la Vieja al tigre Balmaseda, poniendo a sus órdenes los rebeldes que habían quedado en las provincias de Albacete, Cuenca y

Guadalajara, concibió la idea de sublevar de nuevo el país que fué teatro de la guerra, y que ya disfrutaba el beneficio de la paz. Sabedor de estos proyectos, pude anticiparme a contrarrestarlos, haciendo las prevenciones oportunas a los dignos Generales a quienes tocó la suerte de ofrecer nuevas glorias a la causa nacional.

Al mismo tiempo, a la cabeza del ejército expedicionario del Norte, me dirigía a Cataluña. La reunión de los aprestos necesarios para que esta campaña completase el triunfo, permitió tuviésemos el honor de recibir a Sus Majestades y Alteza; de asegurar su tránsito a Barcelona y de acompañar la regia comitiva hasta el punto de donde debían partir las operaciones.

El brillante estado en que encontré las tropas del ejército de Cataluña, que me fué posible revisar, justificó su bien adquirido concepto por sus señalados combates y por su perfecta armonía con las demás fuerzas que militan a mis órdenes, todas virtuosas, valientes y disciplinadas, a la vez que poseídas de un puro entusiasmo por la consolidación del trono de Isabel II, del que es digna Regente su augusta madre, por la Constitución de 1837 y por la independencia nacional.

Con ejércitos animados de tan nobles ideas y robustecidos con sublimes virtudes, no podía menos de ser pronta y segura la pacificación que anuncié en mi orden general de 30 de mayo en la plaza de Morella. El del centro, que tanto contribuyó a la feliz campaña de Aragón, exterminó en breve

los grupos que quedaron errantes. La división que operaba sobre Albacete, Cuenca y Guadalajara, tuvo una señalada victoria en Olmedilla con las fuerzas que infestaban aquellas provincias al marchar Balmaseda. Lanzado este cabecilla de la sierra de Burgos, fué batido en Zaldueño por el ejército que operaba en el Norte. Perseguidos los restos de su facción por todas las tropas destinadas a su exterminio, tuvieron que buscar en trozos su auxilio en Francia, en cuya raya fueron desarmados. El último golpe que debían recibir los enemigos era en la plaza de Berga, centro y apoyo de las facciones catalanas, donde tenían su Junta de gobierno y todos los elementos de acción.

Para que el éxito fuese rápido y feliz, destiné la fuerza de dos divisiones a cubrir el flanco izquierdo; la primera y segunda del ejército de Cataluña, al derecho, y yo con las demás tropas emprendí desde Manresa los movimientos sobre Berga. La brillante jornada del 4 nos dió la posesión de esta plaza, de su castillo y considerable número de fuertes, las fundiciones, las fábricas de pólvora, todo quedó en nuestro poder, todo cedió a nuestro denuedo y bizarría, poniendo en vergonzosa derrota a los batallones con que Cabrera intentó rechazarlos.

Cubierto de oprobio y de ignominia, este sanguinario caudillo debió su salvación a lo escabroso del terreno; y forzado a tomar un asilo en Francia, con mucha parte de sus fuerzas, lo verificó con el mayor desorden. Ya no quedan más que las

hordas capitaneadas por Tristany y otros cabecillas, que serán destruidas en breve. La guerra, por lo tanto, se puede considerar terminada, los enemigos del sosiego público aniquilados, los pueblos libres para siempre de los vándalos, y muy cercano el día en que esta nación magnánima pueda en masa entregarse al júbilo, entonando el himno de paz por que tanto ha suspirado y que hará la ventura de los españoles.

Compañeros de glorias y peligros: pronto descansaréis de las fatigas de una lucha tan sangrienta como prolongada; pronto se verán cumplidos los votos por la pacificación general. Yo jamás dudé del éxito de esta época de consuelo a que hemos llegado por vuestra constancia y bizarría. Siempre que os he dirigido la palabra os lo he pedido, porque cada día me dabais nuevas pruebas de confianza, de lealtad, de bravura, de sufrimiento y de patriotismo.

Generales, Jefes, Oficiales e individuos de tropa, todos sois dignos de la gratitud de la Reina y de la patria; a todos encarezco la pureza de mis sentimientos por su bien y felicidad, y a todos, con el tributo de un justo reconocimiento, aseguro, que así como en todas ocasiones y en las más críticas circunstancias conté con su heroico esfuerzo para lograr el triunfo obtenido por la más santa de las causas, así todos deben contar con su General en jefe."

ZARIATEGUI

Proclama dada al entrar triunfante en Segovia, cuando realizó su expedición sobre Madrid mandando una columna carlista (1). 4 de agosto de 1837.

“Castellanos:

Al salir de Navarra con la grandiosa y heroica misión de pacificar la fiel Castilla y librarla de tanta opresión y de tanta tiranía, causadas por la libertad tan decantada de los innovadores del siglo, que no es otra (ya lo habéis visto) que la licencia desenfadada de las pasiones, quise predeciros que por momentos se acercaba el día más feliz para España, en que, sentado nuestro amado monarca en el solio que por ley y por voluntad expresa de sus pueblos le corresponde, conjuraba la nebulosa y cargada atmósfera, y bendecía su suelo concediéndole la más completa y duradera bonanza; mas suspendí mi augurio hasta poderlo comprobar con hechos irrefragables, con victorias conseguidas en vuestros campos. Así ha sucedido, así lo ha dispuesto el Dios de los ejércitos que visiblemente nos protege.

La victoria de este día es la prueba relevante de

(1) Componíase de los batallones primero y séptimo de Navarra, cuarto y séptimo de Guipúzcoa, dos castellanos, dos vizcaínos, un cuadro de aragoneses y dos escuadrones con trescientos caballos.

que nada podrá oponerse al valor y bravura de los que pelean por su Rey y su religión. Cuantos esfuerzos hagan los traidores se estrellarán en nuestros pechos de bronce. Al llegar esta mañana al pueblo de Zamarramala divisé esta ciudad que parecía inexpugnable por su posición natural, sus obras fuertes, sobre la que ondeaba la bandera de la usurpación. No obstante, sin otros elementos que el duro brazo de mis soldados, determiné entrar en ella, significué mi pensamiento y no hubo necesidad de más. Corrieron, volaron, treparon los muros y arrasaron cuanta oposición se les presentó... Contentísimo me hallo, honrados castellanos, con vuestra decisión.

A las armas, pues; aunados con el ejército del legítimo Rey de las Españas, Carlos V, aniquilaréis muy en breve el ominoso partido que en sus últimas bocanadas de vida trata de hacer débiles e impotentes esfuerzos.

¡ Viva el Rey y la religión !”

DIEGO DE LEON

Arenga a sus tropas para lanzarlas sobre Belascain, que estaba defendido por numerosas fuerzas carlistas y por una triple línea de trincheras con reductos, fortines y casas aspilleras. 30 de enero de 1838.

“; Muchachos !:

Ese pueblo que está a la vista tiene muchas puer-

tas y están cerradas; es menester que las derribéis a balazos. Lo que no quebrante el plomo es menester que el hierro lo rompa. Yo con mi lanza y vosotros con la bayoneta, abriremos un agujero, y entrando yo por él, seguidme.”

MAROTO

PROCLAMAS

Al tomar posesión del cargo de General en jefe del ejército carlista de las Provincias Vascongadas y Navarra. 28 de junio de 1838.

“Voluntarios:

La conservación de los fueros y la paz que nuestros enemigos dicen que nos ofrecen, es un medio de que quieren valerse para adormeceros y engañaros; mas si esto llegasen a lograr, los veríais caer repentinamente sobre vosotros como furias del infierno para asesinaros y para desbaratar estas hermosas provincias, en donde se han propuesto no dejar ni un solo viviente, ni la más simple cabaña de pastores.

Si el primer caudillo que tuvisteis (*Aludía a Zumalacárregui.*) logró la gloria que cabe al militar cuando triunfa, yo me prometo al recordaros sus virtudes que en corto tiempo acreditaréis al mundo entero que conserváis en vuestros pechos sus doctrinas, y que no habéis olvidado el camino

del honor y de la fidelidad que os dejó trazado con su muerte.”

* * *

A las tropas de su mando en visperas de entrar en operaciones. 23 de junio de 1839.

“Voluntarios:

Se acerca un día de combate en el cual probaremos al mundo entero que los defensores de la legitimidad no cederán jamás el triunfo a los usurpadores. Si el abandono espontáneo que hemos hecho de algunos puntos, por no presentar las ventajas que debo buscar para combatir contra las fuerzas enemigas, les ha inducido a creer que les tememos, cuando salgan de sus posiciones, si no retroceden, hallarán la muerte que vuestros brazos deben darles en recompensa de la conducta infame que siguen, saqueando y quemando vuestros campos y aldeas.

La campaña que han empezado con fuerzas tan desiguales como todos habéis visto, es la más bárbara que puede imaginarse; en Navarra, en la Solana, en Alava, a la parte de Vitoria, en Guevara y aldeas inmediatas lo queman y lo saquean todo sin que nada se libre de su rapiña; y veis al rebelde Espartero destruir en Amurrio, Orduña y Arciniega todo cuanto puede su inhumanidad y su barbarie.

En vano algunos viles intrigantes esparcen ru-

mores de transacción, pues jamás puede haberla entre dos partidos cuyos principios son tan opuestos.

Sea nuestra constante divisa el Rey y la religión; es necesario morir o triunfar.”

* * *

Al siguiente día de ratificarse en Vergara el convenio de paz. 1.º de septiembre de 1839.

“Voluntarios y pueblos vascongados:

Nadie más entusiasta que yo para sostener los derechos al trono de las Españas en favor de don Carlos María Isidro de Borbón, cuando me pronuncié; pero ninguno más convencido, por la experiencia de multitud de acontecimientos, de que jamás podría este príncipe hacer la felicidad de mi patria, único estímulo de mi corazón. Por lo tanto, unido al sentimiento de los jefes militares de Vizcaya, Guipúzcoa, castellanos y de algunos otros puntos, he convenido, para poner término a la guerra desoladora, que se haga la paz; la paz tan deseada por todos, según pública y reservadamente se me ha hecho conocer, la falta de recursos para sostener la guerra después de tantos años y la demostración pública de odiosidad a la marcha de los Ministros, que me han comprometido al último paso.

Yo manifesté al Rey mi pensamiento y proposiciones con la noble franqueza que me caracteri-

za, y cuando debí prometerme una acogida digna de un príncipe, desde luego se me marcó con la resolución de sacrificarme. En tan crítica posición, mi espíritu se enardeció, y los trabajos para conseguir el término de nuestras desgracias se multiplicaron; por último, he convenido con el General Espartero, autorizado en debida forma por todos los jefes referidos, que en estas provincias se concluya la guerra para siempre, y que todos nos consideremos recíprocamente como hermanos y españoles, cuyas bases se publicarán; y si las fuerzas de las demás provincias quieren seguir nuestro ejemplo, evitando la ruina de sus padres, hermanos y parientes, serán considerados y admitidos, pero para ello es indispensable que desde luego se manifiesten, abandonando a los que les aconsejan la continuación de una guerra que ni conviene ni puede sostenerse.

Los hombres ni son de bronce, ni son como los camaleones para que puedan subsistir con el viento. La miseria toca su extremo en todo el ejército después de tantos meses sin socorros; los jefes y oficiales, tratados como de peor condición que el soldado, pues a éste se le da su vestuario, y a aquél tan sólo una corta ración; mirándolos, de consiguiente, marchar descalzos, sin camisa, y en todos conceptos sufriendo las privaciones y fatigas de una guerra tan penosa. Si algunos fondos han entrado del extranjero, los habéis visto disipar entre los que los recibían o manejaban. El país, abrumado en fuerza de los excesivos gravámenes, ya

nada tiene con que atender a sus necesidades, y el militar, que antes contaba con el auxilio de su casa, en el día siente las angustias de sus padres, que lloran las consecuencias de un pronunciamiento que sólo la desolación y la muerte les promete.

Provincianos: sea eterna en nuestros corazones la sensación de paz y unión entre los españoles, y desterraremos para siempre los enconos o resentimientos personales.”

O'DONNELL

Proclama al ejército del Centro al siguiente día de la batalla de Lucena. 17 de julio de 1839.

“Soldados:

El día de ayer ha sido de gloria para el ejército del Centro. El orgullo de Cabrera, habiendo reconcentrado la mayor parte de las fuerzas que acaudilla en Aragón y Valencia, y contando seguro el triunfo, apoyado en lo formidable de la serie de posiciones que hay que atravesar para ir a la invicta Lucena, osó presentar la batalla y oponerse a que libertaseis a nuestros compañeros que se habían visto obligados a encerrarse en aquella plaza. Confiado en vuestro valor, no dudé en atacarle. El más feliz éxito ha coronado mis esperanzas; batida la facción, después de ocho horas de combate, la habéis visto huir de vuestras bayone-

tas; nuestros compañeros están libres y Lucena socorrida.

Soldados: que esta victoria sea sólo el preludio de otras nuevas que pongan término a los males de estos reinos, reduciendo a la impotencia a ese feroz y sanguinario enemigo. Testigo del valor y disciplina con que os habéis conducido, no duda en aseguraros que le seguiréis, vuestro General.”

* * *

Arenga a la guarnición de la ciudadela de Pamplona, en la rebelión armada de los moderados contra la regencia de Espartero. 1.º de octubre de 1841.

“Soldados:

Una usurpación inicua ha elevado al Poder supremo a un General tan desleal como ingrato. La verdadera Regente del Reino deplora en tierra extraña la ingratitude del hombre a quien dió a manos llenas preponderancia y valimiento. El inmerecido infortunio de una ilustre madre y el desamparo de una Reina niña reclaman el esfuerzo de sus nobles hijos para libertarlas de tan injusta opresión. Yo soy el que os convoca para tan justa empresa; aparejaos a sostener en el trono a su legítima heredera, y seguidme. ¡Viva doña Isabel II! ¡Viva doña María Cristina, Regente del Reino!”

* * *

Proclama anunciando al Ejército de Africa haberse firmado los preliminares de la paz con Marruecos. 25 de marzo de 1860.

“Soldados:

La campaña de Africa, que tanto ha elevado la gloria y el nombre del Ejército español, ha terminado hoy; los resultados de la batalla del 23 han hecho conocer a los marroquíes que la lucha no era ya posible. Han pedido la paz, aceptando las condiciones antes rechazadas. Muley-el-Abbas, Príncipe imperial y Generalísimo, ha venido a nuestro campo a firmar las bases preliminares de ella.

Todas las dificultades que nos ha puesto un país inhospitalario, sin caminos, sin población, sin recursos de ninguna especie, en medio de uno de los más duros inviernos, y cuando el terrible azote del cólera venía a aumentar las penalidades y a disminuir nuestras filas, no ha abatido vuestra constancia, y os he encontrado siempre contentos y dispuestos a llenar la noble misión que la Reina y la patria os habían confiado.

Esta queda cumplida. Dos batallas y veintitrés combates, en que siempre habéis sido vencedores de un enemigo numeroso, valiente y fanático, tomándole su artillería, tiendas, municiones y bagajes, han vengado el ultraje hecho al pabellón español.

Las indemnizaciones que en terreno y en dine-

ro se obliga a darnos el Imperio marroquí compensando los sacrificios que la patria ha hecho para vengar la ofensa recibida.

Soldados: siempre recordaré con noble orgullo los rasgos de valor y de heroísmo de que he sido testigo, y en todos tiempos contad con el sincero afecto de vuestro General en jefe. ”

N A R V A E Z

PROCLAMAS

Al Ejército, después de haber hecho fusilar a varios soldados del regimiento del Príncipe que se insubordinaron e hirieron a algunos de sus Oficiales. 4 de septiembre de 1843.

“Soldados:

Vuestro honor nunca se empañará. Los ilusos que fueron seducidos, haciéndose indignos de vestir vuestro glorioso uniforme, han vertido ya su sangre: esa sangre era del Ejército, y los traidores que la han hecho verter no han osado presentarse a pecho descubierto. Nosotros los buscaremos, y cayendo sobre sus culpables cabezas la cuchilla de la ley, correrá la sangre de ellos para que no vuelva a correr la vuestra, y así afianzaremos para siempre el trono de la libertad.

Soldados: la patria cuenta con vosotros, y todo lo espera de vuestra decisión y lealtad. ¡Viva la

Reina! ¡Viva la Constitución! ¡Viva el Ejército español! ¡Mueran los traidores!”

* * *

Al Ejército, para contener las sublevaciones militares. 30 de noviembre de 1866.

“Soldados:

Debo reconocer que se ha producido una honda y peligrosa perturbación en la clase militar. No ha habido sedición que no haya procurado su fuerza en la seducción del Ejército, y no hay revolucionario, por despreciable que sea, que no se vanaglorie de haber seducido un jefe, un oficial o un soldado del mismo, no reconociendo esto otro origen que el de la introducción y propagación del espíritu político en las filas del Ejército...

Las cuestiones políticas no pueden ya resolverse pacíficamente y por los altos Poderes del Estado: se deciden en el campo y en las calles, formando lagos de sangre, de sangre generosa de soldados, vertida por otros soldados, sus camaradas, sus amigos, sus hermanos. ¿Y para qué? Para ser instrumentos de miserables ateos que no sienten latir en sus corazones el amor a la patria y que no piensan más que en dar latitud a sus bajas pasiones.”

ZURBANO

Arenga a los soldados del piquete ejecutor, al fusilarse en Logroño, frustrado que fué su pronunciamento contra el Ministerio Narváez. 21 de enero de 1845.

“Hijos míos:

Dadme buena muerte; apuntadme recto al corazón, pues no siendo yo traidor, no han de querer mis enemigos que me fusilen por la espalda.

Soldados: servid a vuestra Reina con honor; obedeced a vuestros jefes; jamás faltéis a vuestro juramento. Yo muero cumpliendo los míos. Soldados: ¡Viva la Reina! ¡Viva la Constitución del 37! ¡Viva la libertad!”

PRIM

ARENGAS

Al regimiento de Córdoba, en la batalla de los Castillejos. 1.º de enero de 1860.

“¡Soldados!:

Vosotros podéis abandonar esas mochilas, porque son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, porque es de la patria. Yo voy a meter-

me con ella en las filas enemigas... ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo a vuestro General? ¡Soldados!... ¡Viva la Reina!”

* * *

A los voluntarios catalanes, la víspera de la batalla de Tetuán. 3 de febrero de 1860 (1).

“Catalanes:

Acabáis de ingresar en un Ejército bravo y aguerrido: en el Ejército de Africa, cuyo renombre llena ya el Universo. Vuestra fortuna es grande, pues habéis llegado a tiempo de combatir al lado de estos valientes. Mañana mismo marcharéis con ellos sobre Tetuán.

Catalanes: vuestra responsabilidad es inmensa; estos bravos que os rodean y que os han recibido con tanto entusiasmo son los vencedores de veinte combates; han sufrido todo género de fatigas y privaciones; han luchado con el hambre y con los elementos; han hecho penosas marchas con el agua hasta la cintura; han dormido meses enteros sobre el fango y bajo la lluvia; han arrosado la tremenda plaga del cólera, y todo lo han soportado sin murmurar, con soberano valor, con intachable disciplina. Así lo habéis de soportar vosotros; no basta ser valientes: es menester ser

(1) Pronuncióla en catalán.

humildes, pacientes, subordinados; es menester sufrir y obedecer sin murmurar; es menester que correspondáis con vuestras virtudes al amor que yo os profeso, y que os hagáis dignos con vuestra conducta de los honores con que os ha recibido este glorioso Ejército, de los himnos que os ha entonado esa música, del General en jefe bajo cuyas órdenes vais a tener la honra de combatir; del bravo O'Donnell, que ha resucitado a España y reverdecido los laureles patrios; y también es menester que os hagáis dignos de llamar camaradas a los soldados del segundo Cuerpo, con quienes viviréis en adelante, pues he alcanzado para vosotros tan señalada honra.

Y no queda aquí la responsabilidad que pesa sobre vosotros. Pensad en la tierra que os ha equipado y enviado a esta campaña; pensad en que representáis aquí el honor y la gloria de Cataluña; pensad en que sois depositarios de la bandera de vuestro país... y que todos vuestros paisanos tienen los ojos fijos en vosotros para ver cómo dais cuenta de la misión que os han confiado.

Uno solo de vosotros que sea cobarde labrará la desgracia y la mengua de Cataluña. Yo no lo espero. Recordad las glorias de nuestros mayores, de aquellos audaces aventureros que lucharon en Oriente con Reyes y Emperadores, que vencieron en Palestina, en Grecia y en Constantinopla. A vosotros os toca imitar sus hechos y demostrar que los catalanes son en la lid los mismos que fueron siempre.

Y si así no lo hicieréis; si alguno de vosotros olvidase sus sagrados deberes y diese un día de luto a la tierra en que nacimos, yo os lo juro por el sol que nos está alumbrando, ni uno solo de vosotros volvería vivo a Cataluña.

Pero si correspondéis a mis esperanzas y a las de todos vuestros paisanos, pronto tendréis la dicha de abrazar otra vez a vuestras familias, con la frente coronada de laureles; y los padres, las madres, las mujeres, los amigos dirán, llenos de orgullo, al estrecharos en sus brazos: *Tú eres un bravo catalán.*"

TOPETE

Proclama a la Marina, al iniciar el alzamiento de Cádiz. 27 de septiembre de 1868.

"Compañeros:

Una serie lastimosa de absurdas y atentatorias disposiciones a los fundamentales principios constitucionales, llevada a cabo por los encargados de regir los destinos de nuestra noble y generosa patria, ha impulsado a la Marina militar, baluarte siempre poderoso de la nacional defensa, a protestar con la fuerza de las armas, ya que los clamores de la justicia y la voz de la razón no encontraban eco en los que habían elegido por lema la más arbitraria inmoralidad.

Exagerado hasta el absurdo un respetabilísimo principio, habiase hecho omnipotente en nuestro

país la caprichosa voluntad de pandillas de ambiciosos y malvados.

Resistir a esta doctrina, que nos conducía a la ruina y la deshonra, era obligatorio en nosotros; no podía apelarse a otros medios que a los supremos, a los heroicos.

La Marina militar, queridos compañeros, ajena siempre a las ardientes luchas que han sostenido los partidos legales, se ha visto forzada a cumplir el solemne juramento por ella contraído: el de hacer respetar los sagrados derechos que los países constitucionales conceden y que con torrentes de sangre fueron adquiridos en nuestra desgraciada España.

Hombres desconceptuados al frente del Gobierno, y a quienes la unánime opinión rechazaba, sustituían por despóticos decretos las leyes fundamentales del país. Rotos los vínculos que unir deben al pueblo con el trono, la Armada nacional, al iniciar la revolución, es fiel a su juramento, consecuente a sus principios, y puede estar segura de que la imparcial historia le hará cumplida justicia.

El Ejército y el pueblo, con el mayor entusiasmo, secundan el alzamiento, al par que los consejeros responsables de la Corona huyen avergonzados de su patria para entregarse en extranjeras tierras a crueles remordimientos por los infortunios causados durante una administración desastrosa.

La Armada nacional, cuando las Cortes que el

pueblo libremente elija acuerden las bases que hayan de constituir el Código fundamental, y cuando la Península recobre la tranquilidad, hoy necesariamente alterada, volverá con mayor entusiasmo y gloria a ejercer su benéfica y civilizadora misión de ser en los mares la protectora del comercio, y la que dentro y fuera de los dominios de España sostenga los derechos ciudadanos y la honra y esplendor de nuestra bandera.

No temáis que recompensas personales sean aceptadas por ninguno de nuestros compañeros del movimiento. La más insignificante empañaría el puro brillo de nuestra leal y noble conducta.

Cuando la Representación nacional se constituya, no dudo anulará desde luego las impremeditadas reformas que a título de economías han venido a caer sobre la paciente Marina, con el único y exclusivo objeto de, en un porvenir no lejano, aniquilarla, envolviendo en su decadencia la ruina del país. ¿Qué podría yo decir de esas reformas, que vosotros no lamentéis?

No quisiera recordarlas, no; porque, al tratar de este asunto, tengo que ocuparme, con harto sentimiento, de los que con alta jerarquía en el Cuerpo de la Armada, con intervención en los negocios de la misma, y tal vez con poderosa influencia, han dejado abandonados los derechos de sus subordinados sin formular la más leve protesta, faltando así al más imperioso deber.

La edad avanzada en unos, la poca aptitud en otros, y el olvido de ajenos intereses, o, mejor di-

cho, el completo egoísmo en los más, ha contribuido a la orfandad lamentable que por largo tiempo venimos experimentando.

Sólo un General ilustre, encarnación de nuestras recientes glorias, a quien ahora y siempre tributaremos un testimonio de nuestra alta estimación y respeto, desde lejanos mares ha hecho con la sinceridad de un buen patricio, su autorizada voz en defensa de sus compañeros, y lamentamos no tenerlo entre nosotros, conociendo sus dotes y virtudes; le reconocemos, aunque ausente, por nuestro jefe.

Las Cortes extraordinarias tendrán en consideración las circunstancias de todos, y podéis confiar, como yo confío, en que el fallo será justo e inexorable.

Llegó la hora, compañeros, en que la Armada nacional está llamada a desempeñar un importante puesto en el porvenir. Iniciadora de un alzamiento que enarbola la bandera del bien de la patria, podéis comprender la misión salvadora que en unión del Ejército y el pueblo se propone.

Esperando que acojáis con entusiasmo nuestra resolución, me anticipo a patentizaros la más profunda gratitud en nombre de todos por la unanimidad con que cooperaréis al restablecimiento de nuestras libertades patrias, perfectamente hermanadas con el orden, disciplina y respeto a la ley."

EL PRETENDIENTE CARLOS VII

PROCLAMAS

Al entrar en España para emprender la segunda guerra civil. 4 de mayo de 1872.

"Soldados:

A través de cuarenta generaciones habéis guardado, como valientes y como españoles, de padres a hijos, el santo fuego de la independencia.

Con vuestra sangre generosa habéis escrito en las páginas de la Historia mil nombres heroicos, desde Sagunto hasta Bailén. Y, no cabiendo en la Península vuestra gloria, paseasteis la bandera española cubierta de laureles desde Otumba a Lepanto. Entonces eran los Reyes Capitanes, y timbre de nobleza el burdo capote del soldado.

Pasaron aquellos tiempos; la revolución, vilipendiando vuestro traje, os convirtió en mercenarios de raquílicas ambiciones.

Hoy, con mengua del orgullo español, relajada la disciplina, menospreciado el mérito, premiada la traición y desoídos los gritos que exhalan desde la tumba vuestros padres, sufrís el yugo extranjero y ostentáis una bandera que no es el pendón de los héroes de dos mundos.

Soldados: vuestro legítimo Rey os llama para

volveros vuestras glorias, vuestra disciplina, vuestra honra, vuestra antigua grandeza.

La bandera que levanta mi brazo, y que no rendirá mientras quede un jirón para ostentarla, es la bandera de nuestros abuelos, la enseña de nuestra independencia y nuestras conquistas.

Soldados: si el extranjero os manda contra mí y osáis hacer fuego contra vuestro Rey, yo admiraré siempre vuestro valor, llorando por la honra nacional.

Siempre seréis mis hijos predilectos, y por eso os llamo como amigos para devolveros vuestra nobleza perdida, vuestra disciplina olvidada, vuestras glorias marchitas, vuestras merecidas recompensas; para salvar la patria con vosotros, honrándoos como los mejores y honrándome en compartir vuestras fatigas, Rey y soldado, enorgullicíndome de vestir siempre vuestro uniforme.

Soldados: como padre os llamo; venid todos por Dios, por la patria y por vuestro Rey.”

* * *

Al llegar a Pau, después de retirarse de la contienda. 1.º de marzo de 1876.

“A mi Ejército:

Al pisar de nuevo el suelo extranjero y con el corazón todavía conmovido por vuestra desgarradora despedida, creo que mi primer deber es dirigir una palabra amiga a los que fueron mis

compañeros de armas. Testigo de vuestro valor heroico en los días de triunfo y de vuestra abnegación más heroica, si cabe, en la hora de la adversidad, jamás podrá borrarse de mi alma el querido recuerdo de los que me fueron fieles hasta el último momento.

Todas las hazañas que soñaba cuando en mi primera juventud y en la tierra de procripción pensaba lo que podía hacer con vuestra ayuda, las habéis realizado: Montejurra, Somorrostro, Abarzuza, Urnieta, Lácar y tantos otros nombres ya ilustres son otros tantos pasos que habéis dado en el camino de la gloria, y gloriosamente seguidos por nuestros hermanos de las demás provincias. Desprovistos de todo, vuestra constancia suplía todo, y jamás al frente de vuestros adversarios habéis contado su número ni medido la desproporción de vuestros recursos para llegar a la victoria.

Si fe tan valerosa y resignación tan noble han venido a quedar infructuosas, no os desaniméis.

Fuertes como yo enfrente de la desgracia, y confiados en el Dios de los ejércitos, mostraos dignos del nombre que habéis adquirido, y esperad siempre en los destinos de una patria que entre sus más humildes hijos cuenta hombres como vosotros.

Descendientes de aquellos antiguos españoles que a la sombra del altar y del trono ocupan tan alto lugar en la Historia, será siempre para mí una gloria, que la desgracia no empequeñecerá

jamás, haber estado a vuestro frente, así como hoy es mi mayor dolor el separarme de vosotros.”

DORREGARAY

Proclama dada al encargarse del mando de las fuerzas carlistas que operaban en las Provincias Vascongadas, Navarra y Rtoja. 17 de febrero de 1873.

“DIOS, PATRIA Y REY.—Al Ejército:

Enhiesta la bandera en que nuestros padres escribieron tres grandes palabras, os saludo desde el puesto de honor que el Rey de España se ha dignado señalarme.

La campaña comienza hoy.

No crucen por nuestras frentes recuerdos de acontecimientos que debemos olvidar. Diversas fueron nuestras apreciaciones, y nos batimos como enemigos los que nunca debemos dejar de ser hermanos.

Hoy, ya proclamada la República en Madrid, el valiente y pundonoroso Ejército español no puede, sin suicidarse, servir, no servirá seguramente, más que al Rey legítimo de España; porque el Rey legítimo es la única garantía de orden y prosperidad para la nación; porque su solo nombre significa la independencia de la patria, la salvación de nuestras Antillas, la reconquista glo-

riosa de nuestro poderío en dos mundos y de nuestra respetada influencia en Europa.

Jefes y Oficiales del Ejército español: bastante sangre se ha derramado; bastantes catástrofes se han producido. ¡Basta..., basta ya de guerras civiles! Entre nosotros no habrá vencedores ni vencidos, o, más bien, seremos todos vencedores. Todos juntos concurremos a la salvación de España; juntos arrollaremos al monstruo de la demagogia, triunfaremos juntos; juntos, en fin, daremos días de gloria, paz y bienandanza a la patria, nuestra madre querida.

Jefes, Oficiales y clases del Ejército español: en nombre del Rey os llamo; en nombre del Rey os ofrezco en las filas de sus leales el honroso lugar que os corresponde.

No hablemos del día de ayer. Abracémonos y, seguros de una victoria tan rápida como gloriosa, luchemos, luchemos todavía, si es que algunos ilusos, seducidos por malvados, osaren oponerse a nuestra carrera triunfal.

Soldados del Ejército español: los hombres que hoy han escalado el Poder os prometieron con juramento solemne la inmediata abolición de las quintas. Os llamaron esclavos porque forzosamente se os obligaba al servicio militar. ¡Y pretenden ahora que continuéis derramando vuestra sangre para con ella amasar la tierra que ha de servir de pedestal a su improvisada grandeza! ¡Basta de imposturas infames! ¡Basta de escarnios sangrientos! ¡Basta! Sonó la hora; el momento es llegado.

Venid a las filas de la legitimidad. En nombre de S. M. el Rey don Carlos VII os ofrezco la licencia absoluta en el acto de rendir espontáneamente el arma, si así lo solicitarais, o terminada la campaña, si quisierais continuarla. En este caso, Su Majestad otorgará con regia munificencia las recompensas que hayáis merecido.

Jefes, Oficiales, clases y soldados del Ejército español; la campaña se abre hoy, al grito noble y entusiasta de ¡Vivan las santas tradiciones de España! ¡Viva la integridad de su territorio en la Península y Ultramar! ¡Viva el símbolo augusto de tantas y tan gloriosas grandezas! ¡Viva el Rey!”

PI Y MARGALL

Alocución dirigida al Ejército, como Presidente interino del Poder ejecutivo de la República, con motivo de haber dominado una insurrección de los batallones monárquicos de la Milicia Nacional de Madrid, a cuyo frente y para derribar al Gobierno habían de ponerse los Generales Serrano, Concha, Valmaseda, Topete, Letona, Baldrich, Bassols, Gándara, Gasset y Ros de Olano. 24 de abril de 1873.

“Soldados:

Habéis merecido bien de la patria. De hoy más seréis la esperanza de la República. Habéis resistido noblemente a las sugerencias de nuestros enemigos. Cuando ha sonado la hora crítica, habéis

sabido volver contra los que momentos antes os halagaban para corromperos, vuestras carabinas, vuestras espadas, vuestros cañones. Nada ha podido quebrantar vuestra fe ni relajar vuestra disciplina. Habéis permanecido fieles al Gobierno, y ha bastado vuestra actitud para desconcertar a los que, separados por sus diversos principios y unidos por sus comunes odios, habían fraguado contra la naciente República la más injustificada y la más inicua de las conspiraciones. Para esto no habéis tenido necesidad de disparar un arma. Baste en adelante este recuerdo para que sepáis que de vosotros depende en gran parte la salvación de los grandes intereses sociales, la salud del país, la paz de los pueblos. Recibid el más cariñoso saludo del Gobierno de la República.”

MORIONES

PROCLAMAS

Al tomar el mando del Ejército del Norte. 17 de septiembre de 1873.

“Soldados:

Vuelvo a verme entre vosotros como el padre al lado de sus hijos. Siento que la fortuna se os haya mostrado veleidosa; pero de hoy más estad seguros de que nos sonreirá propicia. Tened muy presente que los ejércitos que conservan la más

severa disciplina son los que llevan constantemente escrita en sus banderas la victoria. Esto debe bastaros para comprender que seré inexorable en exigir de todos el más exacto cumplimiento de sus deberes, y cualquiera que sea el que falte, sobre él caerá todo el rigor de la Ordenanza.

Vamos a defender la República, porque es nuestro deber obedecer al Gobierno constituido por el acuerdo de la Asamblea, así como también lo es sostener y levantar a la mayor altura posible la honra y la gloria del Ejército.”

* * *

*Al siguiente día de la acción de Puente la Reina.
6 de octubre del mismo año.*

“Soldados del Ejército del Norte:

Con vuestra disciplina y serenidad en las formidables posiciones de Santa Bárbara y en los montes de Guirguillano, os habéis elevado a la altura de verdaderos veteranos; con vuestro valor, no sólo al resistir, sino al lanzaros sobre las masas enemigas, habéis inscrito en vuestras banderas el glorioso renombre de valientes.

Camaradas: la patria lo espera todo de vosotros; vamos, pues, a cumplir nuestro honroso deber, y al escuchar el estampido del cañón y ver formados los batallones enemigos, cualquiera que sea su número, decid con la frente erguida y el co-

razón lleno de justo orgullo: *Un combate más y otra victoria.*

Compañeros: ¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva el Ejército!”

JOVELLAR

Al Ejército del Centro, del que era General en jefe, adhiriéndose a la proclamación de Alfonso XII como Rey de España, hecha por Martínez Campos y Dabán en los campos de Sagunto. 30 de diciembre de 1874.

“Soldados:

Venís haciendo la guerra con entusiasmo y constancia, con valor y gloria; pero ignoráis cuál ha de ser el fruto de vuestras virtudes militares y de la sangre que se vierte; ni aun siquiera conocéis la causa por qué os batís.

Podrá llegar un día en que, libres ya de las fatigas y peligros de esta fratricida lucha, volváis al hogar de la familia a disfrutar de los beneficios de la restablecida paz; pero, ¿al amparo de qué eficaces leyes encontraréis garantidos vuestro reposo y vuestros deseos?

— El país atraviesa por una serie interminable de situaciones imprevistas, anómalas e inseguras que mantienen todos los ánimos intranquilos y todos los intereses en alarma. De aquí ha nacido una

aspiración general, que es la que llega a una solución definitiva.

Cada uno de vosotros sabe ya cuál ha de ser esta solución; todos conocéis el feliz acontecimiento que la ha iniciado, y simpatizáis ardorosamente con él.

Nuestros compañeros de la brigada Dabán, a las órdenes del valiente General Martínez Campos, han proclamado Rey constitucional de España al Príncipe de Asturias, don Alfonso XII, en los célebres campos de Sagunto, y yo, intérprete de vuestros patrióticos sentimientos, os convoco ahora aquí para repetir el mismo grito en este solemne acto.

Vosotros deseabais con impaciencia que llegase el momento de restablecer en vuestras banderas el escudo Real, enseña de honor y título de gloria que tantos hechos grandes representa. Aclamemos, pues, al Rey, y, al continuar la marcha, entremos como nuestros compañeros en la noble ciudad de Valencia, cuna de la nueva Monarquía, con la esperanza del porvenir.

Soldados: ¡Viva Alfonso XII, Rey constitucional de España!”

ALFONSO XII

PROCLAMAS

Al tomar el mando de las tropas en Navarra para combatir a los carlistas, después de haber sido proclamado Rey. 22 de enero de 1875.

“Soldados del Ejército del Norte:

No os pido hoy abnegación ni sufrimiento, ni mañana os pediré vuestra sangre por ambición o juvenil amor a la gloria. No; todos esos sacrificios los quiero para conquistar la paz.

He seguido con admiración desde luego vuestras penosas campañas, en las cuales habéis cumplidamente demostrado que sois sucesores dignos de vuestros padres. Ahora vengo a vuestras filas con el deseo de hacerme también yo digno de los gloriosos Alfonsos, mis antepasados, y espero, si hallo ocasión, demostrar que lo soy. Pero esos que tenéis enfrente son españoles, al cabo, y antes de que a mi voz se empeñen nuevas batallas les he dirigido, ya lo sabéis, palabras de afectuosa concordia. ¡Caiga la responsabilidad de toda la inocente sangre que se vierta aún, sobre los que no han querido escucharlas!

Al desoírlas, empeñándose en prolongar esta funesta guerra, sin motivo ya ni pretextos siquiera, parecen desdeñar los fraternales lazos que con nos-

otros les unen tantos siglos ha y tener en poco vuestro valor.

¡ Nobles hijos de las antiguas Coronas de Aragón y de Castilla! ¡ Valientes vascongados y navarros, fieles, como debéis, a la patria! Llegada es la hora de probar con las armas, a los que tal piensan, su indigno error. Desde esas cumbres en que vuestros contrarios se abrigan, a un tiempo os llaman el deber de soldados y el deber de españoles a decisivo combate. Empeñémosle, pues, y venzamos.

Dios protegerá, sin duda, a los que pelean por la paz y por vivir pacíficos y libres en sus campos y hogares, no a los que esgrimen voluntariamente sus armas contra los derechos de su soberano legítimo, contra los intereses de todas las otras provincias de la Monarquía y la libertad de los demás españoles, y, en suma, contra la patria.

Seguid confiados en vuestras banderas, que ellas, como tantas veces, os conducirán a la victoria; y puesto que sois todos veteranos ya, tócaos a vosotros mismos enseñar a combatir y vencer a vuestro Rey.”

* * *

Al Ejército del Norte, en Estella, cuando se terminó la segunda guerra civil. 13 de marzo de 1876.

“Soldados:

No puedo alejarme de vuestra presencia sin

manifestaros la profunda gratitud de mi alma. Merced a vuestro esfuerzo ha sucedido a la proclamación de mi nombre, primero, el predominio de vuestras armas, y después la terminación de la guerra civil. Vuestras virtudes militares han restablecido la paz y han alcanzado el título más glorioso a que puede aspirar un Monarca.

Quando ayer, en tierra extranjera, contemplaba lleno de angustia la discordia y ruina de España, sólo me consolaba el considerarme de todo punto ajeno a tanta desventura. Hoy, aquel triste consuelo lo habéis convertido en inmenso júbilo, dándome ocasión de remediar desgracias acontecidas en mi ausencia y de enjugar lágrimas que, gracias al Cielo, no han corrido por causa mía. Debo a la Providencia el haber permanecido lejos del mal, y a vosotros la pura satisfacción de haber contribuído a su remedio.

Gracias, soldados. Grabados quedan en el corazón de vuestro Rey los rudos sacrificios de que habéis dado tan constante ejemplo en la presente guerra. Dios hará que no sean estériles para el bien. Su recuerdo no se apartará nunca de mi memoria; él me estimulará constantemente a cumplir como bueno los altos deberes que la Providencia me ha confiado, y mantendrá viva mi fe en el porvenir de la patria, que bien merece y puede alcanzar un poco siquiera de bienestar y sosiego la que es madre de tan honrados hijos, y harto demuestran los recientes sucesos que las enconadas pasiones, contrarias a la salud de la pa-

tria, no han inficionado el corazón del pueblo español, que, afortunadamente, en los grandes conflictos, aparece siempre, como hoy en vosotros, valeroso y sencillo, lleno de abnegación y bravura, sensible a los estímulos del pundonor y de la gloria, y enriquecido, en fin, de todas las cualidades que forman soldados dignos de este nombre y capaces de garantizar este ejemplo y la prosperidad de las naciones.

Mejor asiento merecían vuestras proezas que el funesto que os ha dado la guerra civil. Horrible guerra en que el golpe que se da y el que se recibe, todos causan dolor; desgracia superior a todas, y para mayor amargura de nuestros corazones, sólo España le ofrece ya en el mundo frecuentado teatro.

Espero en Dios que no ha de repetirse; y si común ha sido la pena, los beneficios de la paz que habéis conseguido alcanzarán en cambio a todos los españoles; y a ninguno debe humillarle su derrota, que al fin hermano del vencedor es el vencido.

Soldados: los ásperos trabajos que habéis soportado, las continuas lágrimas que vuestras madres han vertido, el triste espectáculo de tantos compañeros que gimen en el lecho del dolor o descansan en el seno de la muerte, todos estos males, aunque espantosos y por todo extremo lamentables, quedan reducidos al espacio de una sola generación; pero fundada por vuestro heroísmo la unidad constitucional de España, hasta las más

remotas generaciones llegarán el fruto y las bendiciones de vuestras victorias.

Pocos ejércitos han tenido ocasión de prestar un servicio de tal importancia. Tanta sangre, tantas fatigas merecen este premio.

Soldados: con pena me separo de vosotros. Jamás olvidaré vuestros hechos; no olvidéis vosotros, en cambio, que siempre me hallaréis dispuesto a dejar el palacio de mis mayores para ocupar una tienda en vuestros campamentos, a ponerme al frente de vosotros y a que, en servicio de la patria, corra, si es preciso, mezclada con la vuestra, la sangre de vuestro Rey.”

FIN

PRÓLOGO	9
SELECCIÓN DE FRASES, ARENGAS Y ALOCUCIONES MILITARES EN DIFERENTES ÉPOCAS DE LA HIS- TORIA:	
Escipión "El Africano"	13
Julio César	13
Ataulfo	14
Tarik	16
Larrochejaquelin	18
Don Juan I de Portugal	18
Federico "El Grande"	19
Kellerman	20
Napoleón I	20
Cambronne	56
Murat	57
Soult	60
Wellington	62
Labedoyere	63
Ney	64

	<u>PÁGS.</u>
Davout	65
El Duque de Angulema.....	66
Lafayette	67
Napoléon III.....	68
Garibaldi	70
Federico Guillermo de Prusia.....	73
El Príncipe Federico Carlos.....	74
Gonzalo de Córdoba, "El Gran Capitán".....	75
El Cardenal Cisneros.....	76
Hernán Cortés	77
Quiroga	79
El pretendiente Carlos V.....	81
General Mina.....	83
Palafox	84
Zumalacárregui	84
Jerónimo Valdés.....	88
Cabrera	90
Luis Fernández de Córdoba.....	94
Espartero	99
Zariategui	117
Diego de León.....	118
Maroto	119
O'Donnell	123
Narváez	126
Zurbano	128
Prim	128
Topete	131
El pretendiente Carlos VII.....	135
Dorregaray	138

	<u>PÁGS.</u>
Pí y Margall.....	140
Moriones	141
Jovellar	143
Alfonso XII.....	145